

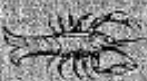
**ZONA  
LIBRE**

Si tu signo  
no es cáncer

GRACIELA BIALET



GRUPPO  
EDITORIALE  
**norma**



### **Graciela Bialek**

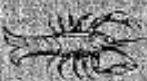
Nació en Córdoba en 1955. Estudió  
Comunicación social y Educación.

Es especialista en Lectura y literatura  
infantil y juvenil.

Publicó varios libros para niños y jóvenes,  
entre ellos: *Nunca es tarde* y *San Farrancho*  
y otros cuentos. Su primera novela es  
*Los sabores de la memoria*.

## **ÍNDICE**

Derrotero astral n°1	11
Derrotero astral n°2	23
Derrotero astral n°3	35
Derrotero astral n°4	51
Derrotero astral n°5	65
Derrotero astral n°6	79
Derrotero astral n°7	91
Derrotero astral n°8	101
Derrotero astral n°9	113
Derrotero astral n°10	123
Derrotero astral n°11	143
Derrotero astral n°12	155



### Graciela Bialek

Nació en Córdoba en 1955. Estudió  
Comunicación social y Educación.

Es especialista en Lectura y literatura  
infantil y juvenil.

Publicó varios libros para niños y jóvenes,  
entre ellos: *Nunca es tarde* y *San Farrancho*  
y otros cuentos. Su primera novela es  
*Los sabores de la memoria*.

## ÍNDICE

Derrotero astral n°1	11
Derrotero astral n°2	23
Derrotero astral n°3	35
Derrotero astral n°4	51
Derrotero astral n°5	65
Derrotero astral n°6	79
Derrotero astral n°7	91
Derrotero astral n°8	101
Derrotero astral n°9	113
Derrotero astral n°10	123
Derrotero astral n°11	143
Derrotero astral n°12	155

*A Julián y a Magdalena por resistir.  
A Leticia y a Florencia por estar en el momento justo.*

*A Silvio Marchegiani y Ricardo Chiosso, médicos  
humanistas que atienden a las personas  
y no sólo a sus enfermedades.*

*A los superhéroes calvos...  
¡qué sería de las salas oncológicas sin sus proezas!*

*A la entrañable Graciela Cabal  
que me impulsó a escribir esta historia.*

No es que leamos mal los signos  
es que las cosas no son signos  
andan solas, tan sueltas  
que pueden deshacerse.

LAURA WITTNER

## **PREDICCIONES POÉTICAS**

### **CLAVE**

Existo, aquí y ahora.  
"Sublime el sueño que me dejó  
en el lugar justo donde estoy"  
(LEÓN GIECO)

### **PROSPERIDAD**

Los obstáculos sólo verifican que hay caminos  
recorridos y nubes por inventar.  
"Todo cuanto hay debajo de mí lo he pisado  
mis pies  
y aún asciendo... asciendo...  
en cada zancada hacia la luz, detrás de mí se  
inclinan los fantasmas."  
(WALT WHITMAN)

### **AMOR**

Habrá que seguir esperando, el amor no ha venido  
"... ni vendrá todavía,  
no han llegado las manos que debían llegar.  
Y para cuando lleguen florecerán los días  
alumbrando la suave dulcedumbre de amar..."  
(PABLO NERUDA)

SECRETARÍA DE ESTADO DE EDUCACIÓN Y CULTURA DE TUCUMÁN  
E.T. Nº 1 VILLA DE LEALES  
VILLA DE LEALES (4113 - TUCUMÁN)

## **DERROTERO ASTRAL n°1**

Me levanté de la cama pisando con el pie izquierdo y transpirada como una cochina. El ventilador de techo sin funcionar. Mamá dijo que se había cortado la luz temprano, en la madrugada. Mala señal.

Fui a recoger el diario que amanece cada mañana debajo de la puerta de casa, pero mi adorable cuñado Roberto ya lo tenía confiscado en el baño.

Presentí que si el día seguía por ese rumbo, el infortunio cósmico sería inevitable. Para contrarrestar la racha, me anudé una cinta roja en el corpiño, con tal mala suerte que justo fui a elegir una que destefía, y al

rociarme con perfume, sangró sobre mi remera blanca nueva. Definitivamente, no era mi día de suerte.

Mientras intentaba limpiarla, oí la descarga del agua del inodoro. Por fin el inútil salió del baño con MI diario y pude leer lo que deparaba MI horóscopo:

TAURO (El toro) Recientemente has realizado un avance personal mayor, y estás listo para ver tu futuro bajo una nueva luz.

"La luz", pensé, justo hoy que la luz está cortada.

CONSEJO PARA HOY: Resultados concretos están en puerta para ti en las semanas por venir, gracias a tus esfuerzos recientes. Sin embargo, hoy el *statu quo* está firmemente establecido y no está inclinado a avanzar.

Ya lo decía yo: éste no era mi día.

- Tu número de la suerte: 19
- Con quién congeniarás toda la jornada: Virgo.
- Tu color para hoy: blanco.

¡Blanco!, ¡qué fatalidad!, mi blanca remera acababa de teñirse de rojo. No importaba, estaba decidida a llevar adelante mi día. Congeniaría con Virgo.

Soy Tauro con ascendente en Virgo, así que cualquier Virgo me caería bien, aunque yo prefiriese siempre a un Piscis.

Leí el horóscopo de Virgo por si alguno se cruzaba en mi destino, para encontrar puntos dinámicos de encuentros con Tauro y ver si las cuadraturas de los signos, los elementos y galaxias orientadoras conciliarían. Debía estar preparada.

VIRGO (La Virgen). La prosperidad financiera se acerca, y te verás listo para relajarte y sacarle el mayor provecho.

CONSEJO PARA HOY: Usa este tiempo para descansar y recuperarte de esfuerzos recientes, para cambiar y evolucionar. Disfruta tu reciente felicidad y aprecia a los demás por quienes son.

- Tu número de la suerte: 35

"Treinta y cinco: tres más cinco, ocho. ¡Ocho! Ocho de marzo cumple años mi amorcito..." Por fin una buena.

- Con quién congeniarás toda la jornada: Leo.

"¡Con Leo! ¡Dios me libre y me guarde! ¡De Leo es el reverendo 'i'!, pensé aterrada. Reverendo "i" (por lo inútil, claro) le decía yo a mi cuñado Roberto, a



escondidas, porque si me escuchaban en casa, era mujer muerta. Por eso, a veces usaba un alias: el in-nombrable.

- Tu color para hoy: turquesa.

Por mucho que intenté limpiarla, la mancha sobre mi remera blanca creció convertida en varios tonos de color rosado. Menos mal que tenía planchada la camisa turquesa. Me la puse, bebí un café casi hervido y salí corriendo a buscar a Anahí.

Anahí Arnaudo es mi mejor amiga. Además me gusta desde siempre su hermano Felipe.

Él es un Piscis fantástico, un bicho hermoso que se mueve como pez en el agua. Me salpica, me moja, se me chorrea el alma cuando lo veo, y yo que soy signo de tierra, me embarro, me embadurno y me conformo con poco, con que me mire ya estoy hecha, se me ilumina el día. El complemento de la tierra (yo) es el agua (él), lo tengo bien claro.

-¡GABRIELA! ¿Adónde vas? -gritó mamá. Cuando ella dice Gabriela en vez de Gaby, es señal de problemas.

-Necesito que vayas al banco a pagar unas cuentas -era evidente que el día venía mal, mal, mal.

-No puedo mamá, mi *statu quo* no está dispuesto a avanzar.. lo dice mi horóscopo.

-Me importa tres cominos tu horóscopo. ¿Hasta cuándo vas a creer en esas pavadas? Necesito que vayas al banco. Ahora mismo y se acabó. Fin de la

conversación ¿oíste? -y se fue refunfuñando por el pasillo el sermón de siempre: que YA iba ella a los dieciséis años a contestarle a su madre tonterías como ésas, que "la Adelina" -mi abuela- le hubiese dado vuelta la cara de un sopapo por mucho menos, y que estos chicos no saben valorar lo flexible, moderna y racional que es una.

Las madres son cosa seria a la hora de hacerles entender razones personales, ni qué hablar de las astrológicas, sobre todo cuando una es la adolescente de la familia. ¿Por qué no irá el infeliz de mi cuñado que se pasa el día marcando clasificados en el diario buscando trabajo -eso dice- pero jamás consigue algo mejor que una changa temporal? O mi hermana, que hoy no fue a trabajar y anda con el bebé colgado a la teta.

-Que vaya Violeta -le dije a mamá- que si lleva a Betito no tiene ni que esperar. A las mujeres con bebés las dejan pasar primero en la fila del cajero.

-Fin de la conversación. Te vas ya mismo al banco -retrucó mamá.

Perdida toda posibilidad de zafar, acepté con una condición:

-Pero primero paso a buscar a Anahí para que me acompañe.

-Buscarla sí, pero quedarte paveando por ahí, NO, ¿eh? Ni se te ocurra volver acá con las boletas impagas porque cerró el banco, o alguna otra excusa.

-Sí, ma... ¿son estas boletas de impuestos que dejó el viejo sobre la mesa del comedor?

-Sí, el dinero está dentro del cenicero, ¿lo ves?

Conté los billetes: cinco, dos, cinco... mmm... 12 Ni 19 ni 35, no embocaba una. Sumé las cuentas a pagar. Tampoco. Ninguno de mis números de la suerte, ¡ay... qué día!

Caminé hacia la parada del colectivo, la que está al frente de casa. Traté de llegar en 19 pasos -sin tocar líneas y esquivar así desgracias-, pero sólo pude dar 15 pisadas ¡y ni una bendita caca de perro para aplastar en el trayecto y atraer un poco de buena suerte! Decididamente tendría que consultar otras predicciones, el horóscopo chino, el tarot, las runas o el I Ching, ¡cualquiera!, porque con la astrología occidental iba de mal en peor.

Cuando llegue a casa de Anahí, ella se estaba duchando. La música a todo volumen. Las paredes del baño tiritaban. Si yo hago lo mismo en casa, mi hermana me grita que el bebé, que los vecinos, y mamá que los tímpanos, que la luz es cara, si lo mismo la cortan cuando quieren, digo yo.

En la casa de Anahí no existían esos reproches. Además, la luz funcionaba. Es que en esa casa todo funcionaba. Sus padres eran comprensivos y simpáticos, y ella, única hija mujer, tenía dos hermanos varones obligados a "adorarla como la reina del hogar", así decía su papá. Su hermano mayor estudiaba ingeniería nuclear en el sur y la ayudada con todas las monografías de la escuela a través del correo electrónico, ¡era un genio! Su otro hermano, Felipe, mi bello piscis, ya estaba en el último año de la escuela y como manejaba el auto de la madre, la llevaba a todos lados. Con decir que Anahí casi ni conocía las líneas de colectivo. No sé si

sus hermanos se sentían tan felices "adorándola" pero hacían lo que ella quería, la llevaban, la buscaban, la esperaban y todas esas cosas que ni por casualidad me tocaban a mí, con una única hermana mayor casada y ojerosa por no dormir bien en las noches amamantando a su bebé llorón, pobrecito... pobrecito él y yo y todos, que teníamos los oídos hinchados de tanto escucharlo chillar.

Mi hermana Violeta, la Viole, vivía en mi casa, con su hijo y con el reverendo "i". Se casaron "de apuro" como diría la chismosa de la tía Clota, pero me parece que no tenían tanta urgencia para irse a vivir solos, así que en vez de convertirme en hija única, que era el sueño de mi vida, pasé a ser la asistente familiar de todos. "Es trabajo para la mano de obra desocupada de la casa", decía mi papá, riéndose al encargarme más y más tareas. ¿Yo, por qué? ¿Quién más mano desocupada que el maridito de mi hermana que trabajaba de vez en cuando? "No porque él no quiera, voluntad es lo que le sobra", decía mi mamá amparando a Violeta, para variar.

Yo adoraba la vida de Anahí. ¡A ella sí que los astros le sonreían! ¡Su karma era la buena vida! Anahí dormía en habitación propia y usaba ropa propia -nunca había heredado trapos de una hermana-, además tenía madre de tiempo completo y no como la mía, maestra de primero que no sólo trabajaba en la escuela para sus adorados alumnos, sino que traía toneladas de cuadernos para corregir en casa, y como si fuese poco, no paraba de asistir a cuanto curso de capacitación le propusieran. A veces llegué a pensar que quería ser declarada la maestra del siglo o que la nombraran en algún himno escolar.

Con Anahí nos conocíamos desde chicas. Fuimos vecinas y siempre compañeras de estudio en la escuela. Tenía suerte de que ella y sus padres me quisieran tanto y me hicieran sentir como de la familia. El único que me ignoraba parecía ser Felipe.

No me atrevía a contarle a Anahí que a mí me gustaba su hermano, no quería que pensara que mi amistad era interesada.

Creo que me enamoré de Felipe a los nueve años, aquella tarde en que las rueditas delanteras de su patineta salieron despedidas de la tabla y salió volando, dando vueltas hasta caer encima del carrito de mi muñeca, a unos metros de la puerta de casa. Se lastimó con un reborde de metal y tanto sangró, que terminaron cosiéndole el brazo. Siete puntos le dieron. Mi papá, que llegaba justo en aquel instante, cargó a Felipe en su auto y lo llevamos al hospital.

Mientras lo curaban, Felipe se mordía el labio inferior pero ni una lágrima soltó. Yo sí me puse a llorar, porque soy solidaria y además porque me impresionan las carnes expuestas al alcohol yodado. Recuerdo que Felipe me dijo que no fuese *mariquita*, que saliera de la sala de emergencias; pero yo no le hice caso, y le grité que una princesa como yo no recibía órdenes de lacayos, como me había enseñado mi papá que debía decirles a los varones que me molestaban, y me quedé ahí, a su lado, y me enamoré de su valentía cuando le cosían el brazo con una aguja que parecía un anzuelo.

Los Arnaudo se fueron a vivir a veinte cuadras de casa cuando la madre de Anahí ganó un premio de

mucha plata en el concurso de la rueda millonaria de la televisión. Todas las ondas astrales estaban de su lado, eran gente de suerte. Una en un millón y le tocaba a ellos, eso no era casualidad sino karma positivo, creer o reventar. Nuestras familias siguieron su relación de buenos vecinos gracias a nosotras. Felipe se encargaba de traer y llevar a su hermana a jugar y a estudiar conmigo, y cuando venía a casa, saludaba a mi papá como a un amigo al que se le debe un favor.

Claro que recién de grande reconocí que me gustaba tanto Felipe. Como a los trece me di cuenta de que aquellas ganas de reírme o de llorar por nada cada vez que lo veía, al igual que esa emoción que me cerraba la garganta, debía ser amor. De haberlo sabido antes, se lo hubiese contado a Anahí y ahora no tendría que andar disimulando.

La madre de Anahí me dijo que pasara y que esperara a mi amiga en su cuarto hasta que terminara de bañarse.

Recorriendo el pasillo, aproveché la ocasión para entrar al dormitorio donde día a día amanecía Felipe, mi pececito, y le tiré buenas ondas.

Mi amiga salió envuelta en un toallón y me apuré a contarle mi urgencia bancaria, más por sentirme descubierta espiando que por las amenazas de mi mamá.

Mientras Anahí se ataba las zapatillas, corrí a la cocina a explicarle a su madre el asunto del banco, para que le diese permiso para acompañarme. Detrás de mí, como salido de la nada, apareció Felipe diciendo que

él iba al centro en el auto y que si queríamos nos acercaba, lo cual terminó de arrancarle un sí.

Mi corazón comenzó a latir a mil por hora y me parecía que todos se daban cuenta. En cambio a Anahí, recién llegada a la escena y acostumbrada como estaba a que la "adoraran", ni se mosqueó. No le sorprendió ni un poquito la oferta de Felipe y la única que quedó ridícula, con la boca abierta, fui yo.

Subí al asiento trasero del auto sin mirarlo, ni su nuca ni por el espejo retrovisor. Muda, helada, conmovida. Él apoyó su brazo en el respaldo del asiento del acompañante y giró su maravillosa cabeza para preguntarme a qué sucursal de banco íbamos. Por suerte Anahí dijo "al central" y me ahorré el papelón de tartamudear. En realidad estaba sorprendida porque se suponía que a esa hora de la mañana Felipe no estaría en su casa, de lo contrario jamás me hubiese atrevido a asomarme a su dormitorio.

Viajamos mudos. Lo único que yo oía era el *tuc, tuc, tuc* de mi corazón. Luego de varias esquinas se fue serenando, pero volvió a descomponerse cuando Felipe, en el momento en que bajábamos del auto, me dijo "no me gustan las espionas, por más princesas que sean" y yo sentí que el cielo me aplastaba y que todos los astros estaban definitivamente en mi contra.

No había caso, no era mi día y si mi mamá creyera un poco más en los horóscopos -y alguna vez en la vida me prestara atención en serio- yo no me hubiese metido en ese problema.

## PREDICCIONES POÉTICAS

### CLAVE

Todo es tuyo hasta que las certezas un día leen en su agenda que... "la vida no es sino una continua sucesión de oportunidades para sobrevivir."

(GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ)

### PROSPERIDAD

"El dinero puede comprar una casa, pero no un hogar.

Puede comprar una cama, pero no el sueño.

Un reloj, pero no el tiempo. Un libro, pero no el conocimiento. Puede comprar una posición, pero no el respeto.

Puede pagar un médico, pero no la salud. La sangre, pero no la vida. Puede comprar el sexo, pero nunca, jamás, el amor."

(PRECEPTO CHINO)

### AMOR

Alguien piensa "en ti obstinadamente como... el loco que cobija su paloma en la mano, acariciándola hora a hora hasta mezclar los dedos y las plumas en una sola miga de ternura."

(JULIO CORTÁZAR)

## **DERROTERO ASTRAL n°2**

Pasé dos días sin aparecer por lo de Anahí. Ella me buscó por teléfono varias veces, pero como temía que preguntase acerca de lo que había dicho Felipe sobre las espionas, yo inventaba razones para no encontrarnos. Le juraba que no iba porque no tenía tiempo, o que estaba ocupada en casa cuidando a mi sobrino, o haciendo de secretaria de papá con sus papeles, porque el pobre andaba muy complicado con los viajes al interior y las cobranzas. Casi seguro que Felipe ya le habría contado que me pescó asomándome a su dormitorio, Anahí habría adivinado lo de mi enamoramiento y



me estaría odiando por no haberle dicho nada... Si vivíamos hablando de chicos... No tendría excusas... Claro que para ella Felipe no era un chico, sino su hermano.

-Uy, Gaby, pero no vas a estar el día entero con los papeles de tu viejo... A cuidar el bebé te ayudo yo -me recriminó mi amiga.

Necesité un nuevo argumento.

-Es que además me tienen de fregona, acá... -respiré profundo para seguir inventando.... no me gustaba engañar a mi amiga.- La abuela Adelina vino a casa a hacer su bendito dulce de damascos y he lavado tantas ollas!... Con eso de la eczema en los dedos de mamá y su alergia a los detergentes... Te juro... -seguía mintiendo porque me daba cuenta de que Anahí no me creía una palabra-. Tengo los guantes de goma incrustados en la mano... en serio te lo digo... Hasta se me ha borrado la línea de la vida -por fin le arrancaba un risa detrás del teléfono y nos despedimos.

Pero las cosas no podían seguir así. Ni yo mintiéndole a mi mejor amiga, ni tampoco encerrada en casa, ¡qué horror! Ya se sabe lo abusivos que pueden ser los padres cuando la tienen a una entre las cuatro paredes del hogar. Que esto, que aquello, que por qué no vas acá, que más vale para allá...

Tendría que enfrentar la situación de una vez por todas. Necesitaba armonizar mi aura para lograr equilibrio emocional, como decían en el programa de yoga de la televisión.

Consulté la revista del Canal de la Mujer. A las once pasaban "Intensamente, tu luz", donde una profesora china enseñaba técnicas de concentración. Ahí estuve. Encendí todas las antenas para entender su clase. Debía concentrarme en mi Chakra raíz para restablecer mis potencialidades, dijo. A la profe china le parecía fácil eso, pero a mí no me cerraba del todo. Según su consejo, me vestí de rojo para estimular la luz visible de mi aura y escribí siete veces la afirmación: "Equilibro mi poder energético y reconozco mi finalidad kármica en la Tierra".

Así y todo, no se me ocurría ninguna idea salvadora. Me dio mucha rabia no tener plata para salir a comprar la revista Men-Sana que recomendaban en la tele, donde seguro explicaban aquellos consejos paso a paso.

Menos mal que el I Ching podía darme una mano para tomar decisiones con carga positiva. Ése sí lo tenía en casa. ¿Dónde lo habría escondido mi mamá, que odiaba mi gusto por lo sobrenatural? "Si lo tiene mi cuñado, lo mato", pensé. Pero no, a ése siempre lo salvaba alguna coartada. El I Ching estaba en el piso de mi ropero, entre los zapatos. Seguro que mamá lo quiso esconder. No entiendo por qué mis viejos son tan descreídos. Es inaceptable que ellos, tan inteligentes, no se den cuenta de que todos somos parte del cosmos, que "lo de arriba es lo de abajo", que tal como son las cosas del Cielo son en la Tierra. Es cosa de fe, qué le vamos a hacer.

Agua + Tierra = 10. Sus éxitos serán consecuencia de su perseverancia. Recuerde que el agua es capaz de erosionar la tierra, si lo intenta el tiempo suficiente.

¡Crear o reventar!, abrí en cualquier parte, al azar y justo caí en la hoja donde aparecía la tierra (yo) y el agua (él).

Mi viejo, ateo cósmico declarado, diría que en la misma página estaban fuego + tierra y aire + agua, pero claro, los que eligen no creer buscarían cualquier excusa para negar la existencia de otras dimensiones más allá de la nuestra... Con lo necesario que es, a veces, anticiparse un poco al destino.

La vida era búsqueda y el I Ching, el oráculo de la suerte más antiguo del mundo, podía ayudarme.

Mi signo en el I Ching es Yang (línea entera), porque nací en día y año impar, y tal cual mi descripción, me mostraba en la superficie dura como un diamante y en el interior brillante como una estrella. Y sí, yo soy así.

Tu luz brilla en todas partes y no puedes evitar dejar tu marca en todo lo que tocas. Te percibes a ti misma como una fuerza del bien.

Ésa era yo, no había dudas, por eso tiré las tres monedas para ver qué me respondía el I Ching. ¿Cuál sería la palabra mágica que me ayudaría a resolver la

situación? Arrojé las monedas sobre mi mesa de luz y cayeron dibujando el diagrama del río viejo. ¡Era increíble! ¡Crear o reventar!

Agua + tierra = río viejo: el río serpentea lentamente en su curso hacia el delta, arrastrando consigo la historia del lugar. Su estado es la fase actual de un proceso continuo que viene de muy lejos, como las aguas del río. Lo viejo es continuamente reciclado y renovado en su vida, ecológicamente. Su palabra mágica es PERDURACIÓN.

Perduración... perdurar... ¿permanecer o vivir? Mejor consultaba la palabra en el diccionario. No encontré el tomo de la P -seguro que el reverendo "i" lo sacó de su estante y lo colocó de apoyo en la pata de su cama-. La hice corta: busqué el diccionario de sinónimos de mi mamá. "Permanencia. Inmortalidad. Continuidad. Persistencia", decía.

Me exprimí los sesos pensando posibles maneras de entender esta respuesta. ¿Debía permanecer callada como una simple mirona de cuarto ajeno, y aceptar que Felipe, agua, río, en su rumoroso transcurso me encontrara?; o imponer la tierra al recorrido del río haciendo presente mi amor, sólido, inmortal, persistente, continuo; poner el cuerpo a la situación diciendo sí, sí, que estaba muerta de amor y que lo quería y no me importaba nada lo que dijera nadie?

Elegí la primera opción.

No fue por falta de valentía, es que Felipe me pescó espiando y tenía razones para mandarme al diablo. Yo en su lugar haría lo mismo. Mentiras, no, yo no, no lo echaría, cualquier cosa me vendría bien para aceptarlo y tenerlo conmigo. Pero él es él y yo soy yo, la tonta que está muerta de amor. ¡Qué más! Lo único que no estaba dispuesta a perder era la amistad de Anahí. A ella sí debía decirle esto, tenía que atreverme a confesarle todo, necesitaba ganarle de mano al destino. Eso, "ganarle de mano al destino". Me gustó la idea, se me acababa de ocurrir aquella frase. Parecía que el color rojo me limpiaba el aura, nomás, pero por las dudas buscaría el horóscopo del día en Internet, para corroborar este presagio.

Mmm... mi negra racha no aflojaba. No había caso. ¿Quién estaba conectado en MI máquina? El reverendo inútil, claro. ¡Qué tipo! ¿Quién me lo había mandado? ¿Qué habría hecho yo en otras vidas para merecer esto? Por suerte, en esos días se hablaba a escondidas en casa sobre su posible mudanza. Parecía que los suegros de la Viole ayudarían a pagar el alquiler de un departamento donde fuesen a vivir solos, "porque el casado casa quiere", dijeron. Benditos sean los reverendísimos padres del innombrable. Lástima que se llevarían también a Betito, pero bueno, no existe crimen perfecto.

Como no quise pelear con Roberto desistí del horóscopo virtual y decidí ir a pedirle a tía Clota el libro de la "Astrología poética china".

La tía vivía a tres casas de la nuestra. Ella, como de costumbre, me recibió con los brazos abiertos y dos besos. Yo siempre fui su predilecta y ella un poco chiflada. Una loca linda.

Como lo primero es lo primero, tomé la tisana de manzanilla con ramitas tiernas de chañar "para atraer al amor de la vida", como decía cada mañana la tía, aunque no había hecho efecto en ella en las últimas seis décadas. Pero yo quería el horóscopo chino y sin aceptarle la pócima no se podía pasar a ningún otro tema, así que no iba a ponerme a discutir, ni a recordarle que Violeta la bebió toda su adolescencia y terminó casándose con ESO.

Por fin me dio el libro y volví a casa.

En el horóscopo chino soy Chanco de Agua con ascendente Mono. Buena mezcla. Energética. Vital. Conjugando chanco chino con Tauro occidental, mmm...:

Desbordará sensualidad y materialismo. Dominará situaciones y equilibrará emociones siendo posesiva, impetuosa, autoritaria y celosa. No se privará de nada, pero cuidado: podrá desperdigarse si no tiene disciplina y autocontrol. Intelectual, idealista y original, hará las cosas a su modo.

"Dominar situaciones..." Listo, decisión acertada. Tendría que hablar del tema de Felipe con Anahí.



Graciela Bialet

Le llamé por teléfono.

-Hola, ¿está Anahí?

-¿De parte de quién? -era la voz de Felipe. Casi me muero.

-Habla Gaby, ¿está ella? -repetí avergonzada pero con firmeza.

-¡Ah, habla la princesa! -dijo graciosamente- ¿Cómo anda su majestad mirona? -se le oía disfrutar mortificarme. Yo, muda.- No, Anahí no está, salió con mi vieja ¿algún mensaje, princesa? -repitió susurrando.

-Sí, por favor, que me llame apenas llegue.

-¿Que la llame apenas llegue o que yo le diga a ella apenas llegue que la llame?

Se me hizo una pelota en la oreja y no entendí nada, pero sabía que se reía de mí, por supuesto, sobre todo por el tono con que decía "princesa".

-Bueno, como quieras, me da igual. Que me llame por teléfono y ilisto! -dije impetuosa y autoritaria, como indicaba mi horóscopo. Se dibujó un silencio inalámbrico. Me quedé callada, oyéndolo respirar. El corazón se me escapaba por la boca. Repentinamente Felipe colgó. ¡Me cortó! Sin decir ni chau, ni adiós, ni hasta luego. "Está enojado por lo del lunes, ¡claro!", deduje. Tendría que consultar otras predicciones, porque con eso de "impetuosa y autoritaria" me había ido como... como a "Chanchito de Agua con ascendente Mono", y revoleé el libro del horóscopo chino al fondo del ropero.

Si tu signo no es cáncer

Finalmente, ya entrada la noche, Anahí me llamó. Arreglamos para la tarde siguiente encontrarnos en casa, preparada para una sorprendente revelación. Él le había dado mi mensaje, la vida nuevamente me sonreía.



## **PREDICCIONES POÉTICAS**

### **CLAVE**

Piensa, planifica y medita, pero recuerda que..  
"Debes ser el cambio que quieres ver en el mundo."  
(MAHATMA GANDHI)

### **PROSPERIDAD**

Sin escapatorias: "Cuando creíamos que teníamos todas las respuestas, de pronto, cambiaron todas las preguntas."  
(MARIO BENEDETTI)

### **AMOR**

Eres... "Lo que va y no vuelve:  
viento que en la sombra  
se apaga y se enciende."  
(RAFAEL ALBERTI)

### **DERROTERO ASTRAL n°3**

Me levanté contenta. Las vacaciones me ponían bien. No tener que madrugar para ir a la escuela era maravilloso, aunque extrañaba a algunos compañeros, los recreos y hasta algunas clases. A la profe de historia, por ejemplo. Buena tipa ésa. Me encantaba oírle contar la historia latinoamericana como si fueran capítulos de una telenovela; y esos foros de debate, donde cada uno de nosotros representaba el papel de algún personaje. ¡Qué gracioso! Me ref al recordar a uno de mis compañeros, Manuel Larreta, disfrazado de Pinochet, fingiendo ser un viejito enfermo mientras se le caían de los bolsillos granadas de guerra, cuchillos, cables

eléctricos con los que torturaba gente en Chile. Al principio daba asco escucharlo, pero finalmente Manuel no pudo con su genio y terminó recitando un poema de Pablo Neruda que decía algo muy bonito sobre un río circular por donde, pese a todo, se arriba a la justicia y al amor.

Recuerdo que aquel día, en ese foro, todos nos enteramos de que Larreta era nieto de desaparecidos en la Argentina y nos conmovimos cuando contó cómo habían secuestrado y torturado a sus abuelos. La madre de Manuel tenía siete años y fue a parar a un orfanato en otra ciudad. Contó que luego la adoptaron y sus nuevos padres la llevaron a vivir a otra provincia. Ella estuvo casi cinco años sin pronunciar palabra. Todos la creían muda, pero después de varios tratamientos comenzó a hablar. Pasado un tiempo apareció un hermano mayor que anduvo buscándola muchos años y finalmente la encontró gracias a una organización de derechos humanos. ¡Una historia fuerte!, hasta la profesora se quedó callada, cosa rarísima en ella. Por eso me gustaba, porque adentro de la escuela seguía siendo una persona con la cual yo hablaría afuera de la escuela.

Anahí anduvo de novia con Manuel Larreta. Duraron tres meses. Luego él se fue a vivir a España y la cosa se acabó. Bueno, novios lo que se dice novios no fueron nunca; se gustaban, salieron juntos a bailar, pero eran como perro y gato, nada que ver el uno con el otro. Si no estuviese tan metida con Felipe, yo sí que podría haberme enamorado de Manuel.

De pronto recordé que Anahí vendría a casa. Tenía que hablarle de Felipe y enfrentar mi verdad.

Mejor me concentraba en mi problema. Fui a leer mi horóscopo en Internet. La computadora estaba libre. ¡Eureka!

VIDA PRIVADA: No te presiones. Nadie espera que estés disponible en cualquier momento. Si lo hacen, están siendo irracionales y tienes derecho a hacérselo saber.

–Pero esto debió haberme salido el lunes– grité. A ver si mi mamá entendía por qué no siempre podía estar disponible para lo que se le ocurriera. Tía Clota tenía razón, yo vivía adelantada a mi tiempo. Menos mal que mi aura podría resistir más de siete chakras, como dijo la china de la tevé.

VIDA DIARIA: La motivación está baja, y hoy realmente necesitas reaccionar. Comienza una discusión e intenta mejorar una situación conflictiva, y si realmente ves que esto no avanza, entonces decidete por un cambio.

¡Me lo dice el horóscopo!: vía libre para hablar con Anahí.

PARA LA BUENA ONDA: Hoy tu número de la suerte será el 13 y el color que mejor te sienta es el marrón. Tu hora de suerte en este día: 7 p.m. Congeniarás con Cáncer.

¿Nunca me saldrá que congeniaré con Piscis? A ver, ¿quién es de cáncer? Cáncer, cáncer, no conozco a nadie. Bueno, alguien llegará.

En realidad quien apareció fue Anahí. Como buena geminiana lo hizo casi volando, ágil, comunicativa, con ganas de hablar, lista para escucharme. A ella le encantan los chimentos, por eso, supuse que no se iba a enojar demasiado cuando le confesara lo de mi amor por Felipe.

Apenas entró a mi cuarto me dijo "¿Qué pasa? ¿Qué es eso tan importante que vas a contarme?"

Yo mezclé las cartas del tarot que tenía preparadas sobre la cama y le respondí que primero nos tiráramos la suerte. Ella al principio se resistió, pero en un segundo se sentó en la punta de la cama y cortó el mazo con la mano izquierda.

-ARCANO 6 -gritamos sorprendidas y al unísono al ver la carta de corte.

-Ahhhh... -Anahí suspiró exageradamente tapándose la boca con las manos- ¡Te enamoraste!... ¡La carta cayó del lado derecho! ¡Estás enamorada!... -gritó ella saltando sobre mi cama- Ya mismo, ya mismo quiero saber, ¿quién es?

-Esteee...

-No te hagas la tonta, que el Arcano no salió patas arriba, así que hay amor en puerta. Vamos, ¡a desembuchar!

-Bueno, es que...

-Mmm... a menos que tu secreto sea que te has enamorado del innumerable, nada puede ser tan malo -se rio con una carcajada profunda que me revolvió las tripas.

-¡Estás chiflada!... Qué asco... ¿qué te pasa?... ni muerta... -y le pellizqué el brazo para que se callara.

-No me digas que Manuel... ¿Volvió de España? ¿Quiere verme a mí o a vos?

-¡Basta! -grité. No se podía creer: acababa de estar pensando en él. Somos medio brujas con Anahí.

Yo respiré profundo, junté coraje y largué mi rollo:

-Es una historia de hace tiempo, no te lo dije antes porque fui una estúpida y tenía miedo de que te enojaras conmigo... -la miré fijo para que no abriera la boca.

-En realidad, sí, estoy enamorada. Es un amor que me fue creciendo desde chica... -en ese instante ella saltó de la cama se incorporó y me preguntó si no sería lesbiana yo y finalmente estaba declarándole mi amor.

Le tiré un almohadonazo. Y otro. Y una zapatilla. Anahí correteaba por el dormitorio esquivando mis proyectiles. Estuve a punto de sufrir un ataque de locura, pero inspiré profundo buscando serenarme y grité:

-¡De Felipe!... -Entonces Anahí me sorprendió abrazándome por la espalda, me sujetó por los brazos y me dijo que no podía entender cómo hacía yo para sentir amor por el tarado de su hermano Felipe, que ella lo sospechaba, presentía desde hacía un tiempo que algo había entre nosotros.

-Es más, cuando el lunes pasado Felipe me contó que te pescó espionando en su cuarto, inmediatamente te cubrí e inventé que había sido yo quien te había pedido que buscaras ahí mi pinza de depilar. De paso le dije que estaba harta de que me la robara y la usara para sacar los disquetes que quedaba trabados dentro de su

computadora, que después la pinza no servía para nada; y le grité que MI amiga no se había atrevido a entrar a SU cuarto porque él andaba siempre con esa cara de amargo; y él me contestó que yo lo tenía hartó y nos peleamos... mal nos peleamos... lo insulté, me empujó y mi viejo vino a separarnos y se pudrió todo: Felipe quedó sin auto este fin de semana y yo sin salida.

Me ref. Ella siguió:

-La verdad es que no sé cómo te gusta ése, ¿qué le viste?, pero bueno... en el fondo, muy al fondo, es buen tipo mi hermano.

-¿Te parece que...? -no pude evitar preguntar- aunque sea un poquito, ¿de gusto?

-¡Yo qué sé! -hizo una mueca dudosa y siguió hablando:

-Tal vez... a veces creo que sí... me pregunta con demasiados rodeos cosas tuyas... siempre aparece cuando vas a casa... mmmm... -opinó como amiga- pero aclaremos las cosas de entrada. No me pongan a mí en el medio de esa historia -ahora hablaba como la hermana de Felipe-. Si tienen algo que decirse, hablen; si quieren respuestas, se hacen las preguntas entre ustedes, porque "el comedido termina mal" y yo no estoy dispuesta a perder ni a mi amiga ni a mi hermano. ¿Está claro? ¿Se entiende? -me pareció que en ese momento Anahí ponía límites tratando de que todo siguiera como antes.

Yo le dije que me parecía bien, que aceptaba la condición, siempre y cuando ella me jurara que no estaba enojada conmigo y que seríamos amigas hasta el fin de los días.

-Está todo bien Gaby -sonrió- hasta el fin de los días -y nos dimos la mano trenzando los dedos.

Mamá apareció oportunamente por mi dormitorio, trayendo dos vasos de licuado de banana con leche y una caja envuelta en papel azul.

-Para estas chicas lindas que aprobaron todas sus materias y disfrutaron el verano -y nos alcanzó un vaso a cada una. Hasta en vacaciones era maestra mi mamá. Para ella la felicidad se medía a partir del éxito en la escuela, y yo antes de oírla el verano entero re-tándome, prefería estudiar. De hecho, Anahí y yo éramos bastante buenas alumnas, no una cosa así como para llevar la bandera, pero zafábamos con dignidad. En realidad, a las dos nos gustaba mucho leer y eso nos daba ventaja. Yo prefería la poesía: Benedetti, Neruda, Machado; y Anahí, a los novelistas latinoamericanos. El cine era otra de nuestras pasiones, nos encantaba discutir sobre guiones y actores, y créase o no, eso nos daba letra para varios exámenes.

-¡Gracias!, me encanta el licuado de banana con leche -dijo Anahí dándole un beso a mi vieja.

-¡Ah!, quiero hablar con tu madre, ¿está en casa ahora? -le preguntó mamá-. Necesito preguntarle algo.

-No, cuando yo salí ya no estaba. Se fue a lo de su prima, creo.

-Bueno, más tarde te acerco a tu casa y veo si la encuentro -Mamá acababa de arrebatarme la posibilidad de ver a Felipe cuando viniese a buscar a Anahí. ¡Qué metida! La madre de Anahí es igual. Debe ser un rasgo propio de la maternidad.



Antes de irse de mi cuarto, mamá desenvolvió el paquete azul que estaba sobre la bandeja. Era una caja de tintura para el cabello. Con sonrisa de "misión cumplida", la puso sobre mis piernas, diciendo:

-Ay, no sé por qué te hago caso. Tintura sobre tintura, un día vas a quedar pelada como el gordo de *Los tres chiflados*. Con esos bucles castaños... como los de la abuela... -me acariciaba desconociendo que ya no soy "su nenita"- ... ¡pobres rulos torturados con decolorante!

Yo me levanté de un salto y le di un par de besos. Mamá rezongaba pero finalmente me complacía.

-¡Gracias, mamina! ¡Esta mamita es un amor! -y se fue contenta.

Anahí y yo pasamos la tarde tiñéndome el pelo, charlando, planeando ir a bailar la semana próxima, cuando le levantarán la penitencia, y depilándonos las piernas con la pinza -nuestro deporte favorito, diría el reverendo "i"-, hasta que comenzó a anochecer. Por la ventana podíamos ver la luna recién florecida.

Tal como lo había anunciado, mamá se ofreció a llevar a Anahí a su casa. Yo, ni lerda ni perezosa, propuse acompañarlas con la excusa de buscar un pantalón que Anahí supuestamente me prestaría.

Mamá puso el grito en el cielo: que si yo no tenía ropa, que cómo quedaba ella ante los Arnaudo, como la madre de una limosnera, bla, bla, bla...

Anahí le aclaró que el vaquero que ella traía puesto en ese momento era el mío y le tapó la boca.

Subimos al auto. Yo en el asiento del acompañante y Anahí atrás.

Mamá me estaba enseñando a manejar el auto.

-Manejo yo, ¿sí? -le supliqué.

-No, ahora no, ya está oscuro y para aprender es mejor de día.

-Pero si yo ya sé.

-No. Fin de la conversación -"fin de la conversación" era su límite.

Ajustó su cinturón y prendió, como siempre, la radio del auto en la frecuencia modulada de "Lírica para todos", como buena fanática de la ópera que era. Justo estaban pasando *La Traviata*. A mamá le encantaba esa ópera basada en "La dama de las Camelias". Me había contado desde chiquita tantas veces la sufrida historia de amor del acaudalado Alfredo y una cortesana, Violetta (por ella mi hermana es Violeta, pero sin doble T porque no le dejaron anotarla con el nombre en versión italiana), que casi me parecía una anécdota de parientes lejanos. Me fascinaba el nombre de la amiga de la protagonista: Annina; tanto me gustaba, que llamé así a una perra, a una gata y a una lora que tuve en distintas etapas de mi infancia, hasta que la Viole y mamá me prohibieron seguir usándolo en nuevas mascotas, argumentando que morían en catástrofes domésticas, de las que, por supuesto, me culpaban.

Mamá comenzó a explicar, por enésima vez y haciéndose la traductora de italiano, la tragedia que cantaba en ese momento la sufrida Dama de las Camelias tratando de asumir la separación impuesta por el padre de Alfredo, cuando de pronto sucedió lo imprevisto.

De la nada, en una esquina, a dos calles de distancia de la casa de Anahí, una camioneta nos atropelló. Venía de contramano, desde la izquierda y a toda velocidad.

Mamá clavó los frenos. Yo la imité con un reflejo instintivo.

La camioneta chocó sobre el borde de la puerta de mi lado.

Dimos dos tumbos.

Los chillidos de las gomas sobre el asfalto y el ruido de chapas abollándose se mezclaron con nuestros gritos.

Sólo recuerdo cuando los vecinos del lugar intentaban rescatarme de adentro del auto dado vuelta sobre la vereda, con las ruedas para arriba. Anahí y mamá trataban de desprender mi cinturón de seguridad a los tirones, mientras la radio seguía inmutable su transmisión de La Traviata, a puro soprano. Si no fuera porque estaba asustada, y porque la accidentada era yo, hubiese creído que estaba adentro de una película.

En el ínterin -no sé cuántos minutos ¿o habrían pasado horas?- llegaron la policía y una ambulancia con médicos que gritaban "no la toquen, nosotros nos encargamos" y terminaron de sacarme de esa jaula de chapas retorcidas. Me acostaron en una camilla; yo quería pararme y no me dejaban. Me sentía bien, ¿qué les pasaba? Nadie me creía que no estaba herida.

¿Cómo es tu nombre? ¿Edad?, me preguntaba una y otra vez un enfermero. "Perdiste la conciencia

unos segundos. Hay que controlar que todo esté en orden", decían una médica y mi mamá horrorizada.

Pedí que Anahí y mi vieja me acompañaran en la ambulancia. Por supuesto, mamá ya estaba adentro. Les dije que apagaran la sirena, ¿para qué tanto ruido?, ya demasiado con que no tenía nada y lo mismo me llevaban a un hospital, como para andar también metiendo bulla en el barrio. Mamá estaba pálida y transpiraba como una botella recién sacada de la heladera. El camino se hizo largo y con olor a antiséptico. Parecía que la ambulancia no llegaba nunca a destino. Los minutos se hicieron eternos. Pegajosos. Chicle. Ruedas zumbandó. Calles interminables.

De pronto me volvió a la cabeza la imagen de la camioneta viniéndose encima de nosotras y le pregunté a mamá qué había pasado.

-No se puede creer... -lloraba ella- Qué va a decir tu padre. ¡Oh! Hay que avisarle a papá. ¿Estás bien? -hablaba sin sentido, la pobre-. Un ladrón nos chocó. El desgraciado siguió como si nada, de contramano, puso primera y aceleró y por detrás unos vecinos gritando "¡Nos robaron! ¡Ladrón! ¡Se lleva nuestro auto!"... Será posible... Y justo nosotras pasábamos por ahí ¡AY! No lo puedo creer... ¿Te sentís bien? ¿Te duele algo? ¿Tu nombre es...? ¿Cuántos años...? y ¿el número del teléfono de casa? -Mamá hablaba sin parar. La cabeza me daba vueltas y me costaba más que nunca entenderla. Menos mal que estaba yo ahí para cuidarla.

-Necesito un teléfono -le exigió de pronto al enfermero.



-Tranquila, señora. Ya llegamos.

La ambulancia encaró hacia un subsuelo. Sonidos de puertas metálicas golpeándose. "¿Llegamos?"

Yo intenté pararme. No me dejaron. Nuevamente me retuvieron en la camilla y me bajaron de la ambulancia. Ya en la sala de emergencias del hospital, Anahí le dijo a mamá que fuese a hablar por teléfono, que ella no se separaría de mi lado.

Al instante, entre el cielo de luces del pasillo del hospital vi la cara de mi papá. "Todo está bien, Gaby, ya estoy aquí".

-Mamá fue a llamarte -y señalando para cualquier lado, me largué a llorar, como una criatura.

-Todo va a estar bien -me acarició.

De pronto aparecieron los rostros de mi hermana y de los padres de Anahí, que la abrazaban conmovidos. A lo lejos vi a Felipe. "Lo que faltaba, que me vea con esta facha", pensé. De pronto regresó mamá y me sentí aliviada de que no anduviera perdida por los laberintos de aquel hospital buscando un teléfono y hablando tonteras.

En un consultorio me limpiaron un par de rasguños y una herida cortante, luego me atendió un neurólogo panzón. Preguntó nuevamente mi nombre y mi edad. Me pidió que me sentara en la camilla, me miró con una linterna los ojos, me tocó la cabeza por todos lados. Después me mandó a la sala de rayos, donde tomaron unas radiografías. Me hizo parar en un pie, caminar sobre una línea, cerrar los ojos tocándome la nariz y todo para qué, para confirmar lo que yo ya sabía, no

tenía nada, y si era cierto que me había desvanecido por un momento, tampoco era para tanto.

-Ahora te va a ver un traumatólogo -dijo papá cuando me vio abrir la puerta del consultorio para irme-. En la cabeza no hay nada, cosa que ya sabíamos -Ja... hubiera jugado una apuesta a que iba a decir eso...-, pero falta que te revisen los huesos, así que ¡Calma! ¡Paciencia!

Ya más relajados, y mientras esperábamos al nuevo doctor, conversábamos sobre el accidente. Papá tranquilizaba a mamá tratando de hacerle creer que el seguro cubriría los gastos, que por suerte estábamos las tres bien y eso era lo que importaba. Pregunté por Anahí y me contestaron que su familia la había llevado a casa.

Cuando el traumatólogo finalmente me revisó, preguntó si me dolía la pierna derecha, que era la más golpeada, y yo le dije que un poco. Me froté la cola de ese lado porque sentía una pequeña molestia y noté un bulto en el nacimiento del muslo. Algo raro, hinchado, un bollo de carne como un chichón. Mamá preguntó qué era eso y el médico dijo que seguramente sería una contractura muscular. "Quizás, un hematoma interno" con el correr de las horas probablemente se pondría azul, después morado, más tarde verde y luego terminaría desapareciendo.

Debía regresar en unos días -"Sí, está fácil que yo vuelva acá", pensé- y veríamos cómo seguía eso; lo importante ahora era controlar otros síntomas y que no faltara a control en dos días.

## **PREDICCIONES POÉTICAS**

### **CLAVE**

Sientes, percibes, desesperas, pero si vas a obstinar-  
te en sufrir, hazlo "... con gran cuidado,  
a fin de no gritar o de llorar, ya que los ojos  
poseen, independientemente de uno, sus pobreza,  
quiero decir, su oficio, algo  
que resbala del alma y cae al alma."

(CÉSAR VALLEJO)

### **PROSPERIDAD**

"Lo esencial de la vida es la fidelidad a lo que uno  
cree su destino."

(ERNESTO SABATO)

### **AMOR**

Es necesario andar con precaución ya que  
"El corazón de los humanos  
es un poco duro y un poco blando  
depende de la tierna infancia  
de los versos dichos y escuchados  
y de las veces que haya sido utilizado  
para fabricar la mermelada del amor."

(DANIEL SALZANO)

## DERROTERO ASTRAL n°4



¡Domingo! ¡Qué día!

Gracias al accidente, y al ladrón que nos chocó, me quedé sin salir un sábado y me esperaba un domingo más aburrido que los de costumbre. Pero a decir verdad, de vez en cuando, está bueno darles un susto a los padres.

Hasta mi hermana se preocupó por mí. Apenas desperté, me trajo el diario para que leyera el horóscopo:

TAURO (El toro): Puedes disfrutar de un día relajado y armonioso poniendo de lado preocupaciones

menores y confiando en que se resolverán solas. Mensaje inesperado.

Bien, empezábamos bien.

CONSEJO PARA HOY: Prepárate para las semanas por venir, cuando surjan turbulencias. Debes disponerte para oportunidades que probablemente se presentarán durante los próximos tres meses.

- Tu número de la suerte: 4
- Tu color para hoy: rojo
- Tu hora de la suerte: 18 p.m.
- Con quién congeniarás toda la jornada: Aries

Nunca sale que congeniaré con Piscis, pero bueno, no está del todo mal. De Aries es mi papá, todo vida y energía, ése es mi viejo, testarudo, apasionado, peleador, y como buen carnero, capaz de demoler a cuernazos cualquier obstáculo.

Siempre fui su preferida, y él el mío, aunque me enfureciera cada vez que me llamaba "mi bebota" en público. Lo adoro porque es un tipo optimista y me apoya en todo.

-De eso se trata vivir -decía a cada rato- de patear para adelante el fútbol de la vida hasta meter un gol y otro y otro más. -A veces no podía disimular sus tremendas ganas de haber tenido un hijo varón.

Tal vez por eso se llevaba bien con Felipe y ayudaba al *pocacosa* de mi cuñado.

¡Crear o reventar! No pudo ser casualidad. Me lo predijo la astrología y fue inmediato: leí el horóscopo, pensé en papá y al instante él apareció por mi dormitorio con la bandeja llena: "¡Desayuno a domicilio para mi bebota, segunda edición!"

La última vez que lo había hecho fue el año pasado, cuando cumplí los quince. Aquel día me sorprendió trayéndome a la cama el desayuno con un globo blanco y una rosa amarilla, mis colores preferidos. Casi me muero de la emoción, a pesar del "mi bebota" y del sermón que me dio sobre lo importante (¿y riesgoso?) de ser mujer. Habló sobre el fin de la inocencia y que no sólo hay que ser decente sino también parecerlo. Que tuviese mucho cuidado porque los muchachos sólo quieren "eso", y madurar como mujer implicaba una responsabilidad grande, tan grande, tan enorme, que viniendo de él, que no tenía miedo a nada, sonó como un terrible peligro.

El sermón de este desayuno fue más enredado. Empezó hablando de las coordenadas del tiempo y el espacio que se cruzan, inadvertidamente, en momentos tan precisos como capaces de crear una vida o una catástrofe... o algo así... Rarísimo... sí... De ahí pasó a hablar del cosmos y de las variables de la fatalidad, cosa que casi no entendí en él, que siempre odió mi vocación astrológica. En ese momento empecé a sospechar que algo andaba mal, mal, pero mal de verdad. Cuando vi que los ojos se le inundaban y escuché como en un

susurro algo parecido a un "Gracias a Dios..." comprendí que mi pobre viejo se había asustado en serio esta vez, y todo lo que decía tenía que ver, en realidad, con el miedo a perdernos a mamá y a mí en ese accidente. Entonces lo abracé fuerte, apretado, y sentí como si se me exprimiera el pecho y yo también lloré. Lo mismo, a pesar del sermón, el café con leche estuvo riquísimo, bien caliente como a mí me gusta y con tres tostadas tibias untadas con manteca y el dulce casero de damascos de la abuela Adelina, el mejor.

Luego llegó mamá por mi cuarto, haciendo grandes despliegues de brazos y bostezos. Es que ella es exagerada hasta para desperezarse, como buena sagitariana. Apareció con su bata azul y con unas ojeras horribles. Me preguntó si me encontraba bien y yo le rogué que no volviese con aquello de repetir mi nombre y mi número de teléfono, que de la memoria andaba bien, gracias. Me traía el último número de la revista Men-Sana que mandaba tía Clota de regalo. "Para que la enfermita busque energía", decía una dedicatoria prendida en la tapa. Es una *divina adivina*, como ella misma se hace llamar. Pasé unas horas entretenida buscando las combinatorias de mi aura, en un test muy fácil de medir.

Al rato llegaron Anahí y su madre a preguntar cómo había amanecido. Se iban a Vallecito, a pasar un día de campo. Al oír sus voces salí corriendo de la cama, descalza. En la galería abracé a mi amiga estirando el cuello lo más que podía para intentar ver quiénes viajaban en el auto. Anahí murmuró:

-No está, Felipe se quedó en casa y preguntó doscientas veces si pasaríamos por acá a invitarte al campo. Me toca ir sola con los viejos, ide terror!, ¿venirías conmigo?

Antes de que yo abriera la boca, la madre de Anahí sugirió lo bien que me vendría pasear por Vallecito "¿No la dejarían acompañarnos?".

-De ningún modo -dijo mamá- Gaby debe descansar y queremos tenerla con nosotros -lo sumó como cómplice a mi viejo.

Ellas se fueron y el día siguió así, lleno de lamentos, de "Gracias a Dios" y de llamados telefónicos de mi abuela, de mis tías, de mis primos de Villa Sur que se enteraron del accidente por los noticieros, de ex compañeros de la escuela que fueron apareciendo a lo largo del día y de visitas de varios vecinos, todos ellos ampliamente informados por tía Clota sobre los pormenores de nuestra desgracia. Hasta el reverendo "I" se acercó, a media tarde, a preguntarme si quería tomar algo fresco.

Para atender a tantas visitas le pedí ayuda a Violeta. Había decidido permanecer el día entero con la tele enfrente y jugando con Betito a cambio de que mi hermana respondiera todos los llamados, repitiendo una y mil veces que yo estaba bien, que "muchas gracias por llamar" y contando los detalles del accidente.

No quisiera parecer desagradecida, pero lo mejor de todo fue cuando a las 18 horas, 12 minutos y 09 segundos sonó el teléfono por millonésima vez -ando con mi reloj cronómetro en la mano porque una nunca sabe cuándo aparecerá su número de la suerte.

La Viole atendió y sin decir media palabra me pasó el teléfono. Levanté el aparato haciéndole una mueca de rabia, y tal cual me lo había pronosticado el horóscopo al anunciar "Mensaje inesperado", tuve una sorpresa increíble: ¡Sí! ¡Sí! ¡Felipe me llamó! A mí. No preguntando por su hermana ni para hablar con mi viejo por algo. NO. Me llamó A MÍ:

-¿Hola?, hola ¿Gabriela? -preguntó de corrido.

Cuando oí su voz me atraganté con el jugo que estaba tomando -eso me pasó por aceptarle algo a mi cuñado- y Felipe repitió:

-Hola, ¿quién habla? ¿Estará Gabriela? Quiero saber si... si puede atender el teléfono...

No me salían las palabras. Se me habían atorado en la garganta. Violeta me pegó un manotazo en la espalda y por fin reaccioné.

-Soy Gabriela. ¿Quién habla? -como si no supiera.

-Aquí Felipe, el lacayo de la princesa -dijo haciéndose el simpático-. No vi en muy buen estado a su alteza, ayer en el hospital, y quise saber cómo se sentía hoy.

Se me volvió a secar la garganta, pero por suerte él siguió:

-Hablando en serio, qué terrible... ¡El auto quedó irreconocible! Pero por suerte...

-¿Fuiste a ver el auto? ¿Dónde está? -me interesaba saber.

-Lo llevó una grúa al corralón de la policía. Anoche lo ayudamos a tu viejo con esos trámites. Él estaba muy preocupado -hizo un silencio- y yo también.

Supe que algo debía decir:

-Esta mañana pasaron a verme tu mamá y Anahí, antes de ir al campo.

-Ah, ¿sí?, yo preferí quedarme acá, en casa, por si me necesitabas... -más silencio. Su respiración era música-. Bueno, Gaby -me dijo Gaby en vez de Gabriela- se te escucha bien por teléfono...

-Sí, estoy muy bien, la verdad es que no tengo nada, sólo fue un susto, gracias por llamar -"gracias por llamar", dije "gracias por llamar"- Chau -y yo misma corté. ¡Le corté!

Imbécil. Estúpida. Tarada. Infeliz. ¡Cómo hice eso! ¡Le dije chau sin dejar que él se despidiera! Ni siquiera lo saludé con un adiós, que es un saludo que deja una puerta abierta. Le dije "gracias por llamar", estoy loca.

¿Y si tenía intenciones de invitarme a salir? ¡Soy una tarada! qué me va a invitar a salir a mí, con todas las chicas que tendrá para invitar. Pero ¿y si lo hacía? ¡Me quería morir! ¿Qué habría querido decir con eso de "si lo necesitaba"? ¿Sería cierto que estaba preocupado?, y yo le había cortado. ¡Qué estúpida! "Soy la peor". Tarada, idiota, imbécil, recontra estúpida. Infeliz.

Estaba furiosa conmigo, cuando sonó el timbre de la calle. ¿Será Felipe?, pensé sin creerlo.

Pero no. Ya se sabe que las desgracias nunca vienen solas. ¡Bingo! ¡Lotería! ¡Cartón lleno! Acababa de llegar tía Clota.

¡Uf...! Quería estar sola con mi rabia y ella era de hablar y hablar, como una radio.

A mi tía no le importó el cansancio que improvisé y me siguió hasta la cama. Sentada a mi lado, me



contó con lujo de detalles que había decidido montar un consultorio astrológico, llamado "El oráculo de la divina adivina". ¡Era tan acelerada! Ya había publicado un aviso en el diario local porque "al que ma-druga, Dios lo ayuda" y acababa de recibir varios llamados "¿Has visto qué pronto la gente busca su futuro bien predicho?". Me pareció divertido, y conociéndola tan despistada, le recomendé llevar una agenda. Tía Clota me ofreció el puesto de secretaria, sonriendo.

Luego, sin que yo se lo pidiera, me tiró las cartas para levantarme el ánimo.

-Rey de Oro... mmm... As de Espada -Arrancó diciendo que el cielo es mi límite, que obtendría frutos maduros si era capaz de tener autodisciplina, flexibilidad... -No hablaba de Felipe, no me interesaba. Agregó que contaba con el apoyo de mi familia. Eso me sonó a discurso de acto de fin de año.

Como yo me metí debajo de las sábanas, amplió sus pronósticos con predicciones del horóscopo chino, su especialidad. Me auguró que pronto simbolizaría con un conejo y atravesaría pruebas que me convertirían en un jabalí salvaje. Felipe es gallo de metal, para qué quería yo un conejo. Eso me pasaba por haberle colgado el teléfono.

Un amor imposible se hará posible impre-  
vistamente dejándote en el umbral de una  
nueva vida.

Anunció tía Clota y pensé que lo mejor era dar por terminada la sesión. ¡Basta! Hasta los horóscopos se reían de mí.

Sin embargo ella no se fue; la tía siguió con sus cartas, en la punta de mi cama, moviendo las manos y los ojos en una conversación autista, como si yo no estuviese ahí, o peor aún, como si ella no estuviese en mi propio dormitorio. La dejé divagar.

Todo iba saliendo mal con Felipe. Me ponía tan nerviosa cuando lo veía... el cerebro no me respondía. Lo mismo me pasó en el último cumpleaños de Anahí. ¡Qué buena fiesta! ¡Estuvo fantástica!

Fue en su casa. Habían ido todos: los compañeros del colegio, las chicas del club, los pibes del barrio. Estaban sus primas y por supuesto sus hermanos. Felipe se veía fabuloso con aquel pantalón negro de cuero, un suéter verde combinando con sus ojos pardos de puma y ese perfume marino que casi mató cuando lo saludé con un beso en la mejilla.

La sorpresa fue que estuviese también Charly, el primo segundo de los Arnaudo. Hacía seis años que no nos veíamos.

Me encantó reencontrarlo. Todos habíamos crecido, ¡y unos mejor que otros! Bailamos toda la noche. Estaba hecho un bombón. Bailaba de un modo sensual y en sus brazos, yo me sentía la reina de la noche. Vueltas, giros, mano, cintura, abrazo, divertidísimo. El único problema era que mi minifalda estaba un poco ajustada, y con tantas sacudidas me la tenía que estar tironeando a cada momento para bajarla;

así y todo, éramos los mejores bailando. Las chicas del club nos miraban muertas de envidia.

Felipe no bailaba; junto a sus amigos se prendió a la chopera a servirse una cerveza tras otra. Yo lo miraba de reojo. Charly me seguía risueño y ágil. En un momento quedamos bailando frente a Felipe y no sé cómo, creo que giré como un trompo, me lo llevé por delante. El vaso de cerveza voló de su mano y se derramó, un poco sobre su suéter verde y otro tanto en mi ropa. Se puso furioso. Me gritó que era una chiquilina estúpida, que éramos unos ridículos bailando así con Charly, y se fue rabioso a su cuarto a cambiarse. Anahí, al ver lo que había pasado, me dijo que no le llevara el apunte a ese tarado, y me acompañó al baño.

Al rato, Felipe reapareció en la fiesta y me pidió disculpas. Yo lo miré apenada y le sonreí, pero cuando estaba a punto de decirle que no importaba, que en realidad la bruta había sido yo, se acercó Charly a invitarme de nuevo a bailar. Felipe lo revoleó de un brazo y lo llevó a brindar con cerveza junto a sus amigos. Fin de la posible historia. Siempre igual, cuando parecía que podíamos hablar, o cuando quedábamos frente a frente, o cuando tenía una mínima posibilidad de estar con él, algo se cruzaba en el camino.

Debía formar parte de mi karma. ¿Sería tal vez que nuestras auras no estaban inclinadas a armonizar como el arco iris?

La voz de tía Clota me arrancó de mis pensamientos:

-Chanchita de agua -volvió de nuevo al ataque con sus augurios- Despabilate, amor:

Tu libertad está en jaque. Debes actuar con sabiduría y precisión para contrarrestar las malas ondas que te rodean.

Gesticulaba y cerraba los ojos como si estuviera en un trance y remató:

Capitaliza tu ascendente en mono para liderar tu propio destino.

Siempre me ha gustado como pitonisa la tía Clota, pero cuando sobreactúa su papel de *divina adivina* me pone los nervios de punta:

-Tía, ¿me traerías una cinta roja de raso para atarme en la mano? -le propuse para que se fuera de una vez por todas y me dejara en paz.



## **PREDICCIONES POÉTICAS**

### **CLAVE**

Tu pasión por la vida alumbra los almanaques.

"Al buen tiempo vinimos a vivir.

vinimos a vivir en primavera:

breve tiempo, ¡oh, amigos!

Si tan corta así será, que haya en ella vida."

(LITERATURA NAHUA -precolombina y pictográfica-

versión de ÁNGEL M. GARIBAY K.)

### **PROSPERIDAD**

No embistas, no tropieces, no te detengas... "Todo

viaje, por largo que sea, empieza por un solo paso."

(LAO TSE)

### **AMOR**

¡Cuidado! "Tus fábulas de amor se fueron desvaneciendo como pompas de jabón."

(CHARLY GARCÍA)

## **DERROTERO ASTRAL n°5**

"Voy a tener que colgarme una ristra de ajos en el cuello para espantar la mala suerte. Con la cinta roja no alcanza", pensé.

Mamá amaneció apuntándome con el dedo índice y con mi nombre en la boca.

Que ya estoy bien ma, que no me duele la cabeza ni nada, que no quiero ir al médico, que me llamo Gabriela, Gaby para los amigos, y tengo dieciséis años, dejen ya de romperme la paciencia, que no voy al médico, a ningún médico y chau.

A las seis de la tarde tenemos turno con el traumatólogo. Dijo que volvieras en

dos días y ya han pasado tres. Primero vamos a comprar la orden y luego al consultorio.

-Cómo, ¿para qué queremos un orden de consulta? ¿no íbamos al hospital?

-No. Veremos al médico en la clínica y por la obra social, porque en el hospital para sacar turno teníamos que estar a las cuatro de la mañana. Lo único que espero es que el médico no nos cobre recargos.

-Pero si te digo que me siento bien, ¿para qué voy a ir? ¿Para gastar plata y tiempo? ¡Basta, mamá! Es mi cuerpo y sé que no tengo nada.

-Y yo te digo que vamos al médico y se acabó.

-Mi vida es MÍA -grité, y la llevé hacia la pared de la cocina a leer un afiche que ella misma había colgado:

-¿Qué dice acá? -golpeaba yo el papel sobre la pared- ¿Qué dice? ¿eh?... "tus hijos no son tus hijos, son hijos de la vida..." ¿te suena lo que escribió este Kalil Gibran? Bueno, a ver si te queda claro de una vez por todas: ¡MI VIDA ES MI VIDA!

Ella ni siquiera se inmutaba.

-Si te digo que no me duele nada, NO ME DUELE NADA. Estoy de vacaciones y no quiero andar perdiendo el tiempo en tonteras.

-A las cinco y media salimos, así que mejor te vas haciendo a la idea -dijo.

-Pero ma...

-¡Fin de la conversación, Gabriela!

Me vestí de verde y rosa para estimular mi chakra corazón, el de la paciencia.

A las cinco y media salimos. A las seis estuvimos en la clínica. Recién a las siete de la tarde nos atendió el médico.

Por suerte en la sala de espera había una mesita repleta de revistas. ¡Estaba el número anual de "K-rMICA: Adivinaciones esotéricas"! Un poco destrozado y con algunas hojas arrancadas, pero se leía bien la nota sobre la numerología del Oráculo del Dragón.

Seguí las instrucciones. Sumé las vocales y consonantes, todas juntas, buscando mi *Número de Expresión*, el de mi potencial.

Siete más uno, más dos, más nueve, más uno, más cinco, más tres, más uno, igual...

-Má, ¿tendrás una lapicera y un papel?

-No... y basta ya con esas pavadas. Mejor es leer esta revista del *National Geographic* -y me la echó encima con su delicada manera de imponer lecturas *culturosas*-. O aquella otra de chismes, pero no esas estupideces de los horóscopos -me abochornaba con sus reproches delante de los demás pacientes que esperaban ahí- ¿No te das cuenta de que todos dicen lo mismo?, ¡siempre! El destino lo hace uno, a cada instante.

Menos mal que el verde y el rosa estaban haciendo su efecto relajante en mí. Me cambié de silla, bien lejos de mamá, y calculé mentalmente la suma de los números que correspondían a las letras de mi nombre. Mmmmm...  $7+1+2+9+1+5+3+1 =$  veintinueve.

Dos más nueve, igual a once. ONCE. A ver, a ver, acá está. "¡Uy! Soy once, ¡Qué bueno!, claro, soy once". No podía ser más exacto, ¡creer o reventar!:

*Once, el Iluminado* La misión en la vida de un ONCE consiste en ir más allá de lo puramente material.

-Nada más ajustado a mi personalidad. No entiendo cómo mamá puede ser tan descreída. Es que no quiere ver su realidad. Eso es.

*Palabras Claves:* Intuición, iluminación, idealismo.

-Sí, las tres íes, ésa soy yo.

*Colores:* Matices eléctricos.

¿Cuáles serán los colores eléctricos? "Ni muerta le pregunto a mamá", averiguaría después.

*Afinidades:* 2, 4, 8 y 22.

¿Cuál era el número de expresión de Felipe?

-Seis más cinco, más tres, más nueve, más siete, más cinco: treinta y cinco. Tres más cinco: ocho. Sí, sí, sí. OCHO. Somos afines. Lo sabía. Lo sabía. Once yo y ocho él. A ver, diecinueve, uno más nueve, diez. Uno más cero, uno. UNO. ¿Qué revela el número uno? ¿A ver... la revista?

*El UNO, el iniciador.* Indica un nuevo comienzo, el inicio de proyectos. Es un número de

éxito para aquellos que saben olvidar el pasado y son originales y valientes.

Lo sabía. Nuestro amor era número uno, el iniciador.

De repente apareció en la sala de espera la secretaria del médico, llamándome. Decidí arrancar esas hojas y llevármelas, al fin y al cabo la revista ya estaba toda desgajada. Las escondí en el bolsillo y entramos al consultorio.

-Disculpen, estamos atrasados con los turnos. ¿Cómo anda la paciente? ¿Durmió bien? ¿Le dolió algo en particular? -preguntaba detrás de su escritorio, jugando al doctor amable.

Yo estaba en las nubes, pensando en Felipe. Mamá muda, me miraba para que respondiera. Me codeo y reaccioné:

-No tengo nada -dije lacónica.

-Que le muestre la pierna, donde tiene hinchado -cuando mamá habla con otros de mí como si yo no estuviese presente, me da ganas de estrangularla.

-No me duele nada -quería que me dejaran en paz.

Ella señaló los botones de mi pantalón y antes de que me hiciera pasar el papelón del siglo, me lo desprendí sola. Me bajé la ropa y me recosté boca abajo sobre la camilla.

El médico me tocó donde tenía el chichón.

-¿Desde cuándo tiene esto?

-Desde el accidente -se entrometió mamá.

-Desde hace un tiempo -dije yo.

Mamá me miró como preguntándome ¿qué?

-Hace como seis meses, jugando al voley en la escuela, me caí y sentí una molestia -respondí. Surgió la oportunidad de avergonzar a mamá frente al médico y la aproveché:

-Y cuando te lo comenté, mami, me respondiste que sólo era un golpe, que no sería nada, ya se me pasaría... -se lo dije poniendo mi mejor cara de víctima para que se sintiera una miserable. La culpa era su especialidad.

-Pero después, jamás me volvió a molestar -le seguí hablando al doctor. Acababa de recuperar el control en aquella consulta médica sobre MI cuerpo.

El doctor miró unos segundos, revisó de nuevo la hinchazón. Pasaron varios minutos, otra vez palpó y se quedó pensativo, luego pidió disculpas, "un momento", dijo, salió del consultorio y al rato regresó con otro médico, mayor y más canoso. De nuevo tocar, observar, hablar entre ellos. Finalmente el más viejo indicó hacer una ecografía, "inmediatamente". Habló por teléfono con alguien y luego nos dijo que en el subsuelo, el doctor Toledo nos estaba esperando. Ellos bajarían enseguida a seguir atendiéndome.

Yo no podía creer que mi suerte desmejorara tan rápidamente. Mi karma iba de mal en peor. El firmamento cósmico estaba en mi contra. "¡Maldición gitana!", diría tía Clota. Por lo menos, ahora no tendría que esperar turnos para que estos tipos me revisaran.

Mamá obedecía como sonámbula. Yo la llevé de un brazo al ascensor y de ahí al subsuelo. En serio, ese tal Toledo nos estaba esperando.

Me puso una pasta gelatinosa sobre la zona hinchada de la cola, y comenzó a pasarle por encima algo parecido a un micrófono que, en vez de sonidos, transmitía imágenes a una computadora. La sala era oscura. Mi mamá miraba y preguntaba si estaba estudiando huesos.

"¡Es maestra, cómo se le ocurre que ahí tengo huesos!", pensé, pero no me quejé porque no quise echar a perder mi reciente victoria. Además, yo quería irme rápido. No me importaba nada.

En ese momento entraron los médicos. Se preguntaron y contestaron entre ellos cosas que no entendíamos. Mamá los interrumpía, pero ellos seguían hablando en difícil. Entró un cuarto médico, joven y parecido a Brad Pitt. ¡Qué bien estaba! Se paró a mi lado y yo me sentí en medio de la película "Leyendas de pasión", claro que no en la pradera sino en el pantano de una clínica. La nuca me hervía.

-Por favor, vístase y pasaremos a otro consultorio -ordenó el médico viejo-. Vamos a usar otro tipo de aparatos.

En un segundo, los médicos y mamá salieron al pasillo.

Cuando terminé de sacarme eso pegajoso de la piel, me subí los pantalones y salí de aquel lugar oscuro. Seguía bastante acalorada, un poco por los apurones, y otro tanto por andar mostrando mis intimidades al rubio carilindo.

La luz del pasillo me encgueció. Brad me estaba esperando con sus luciérnagas encendidas. Como si nos conociéramos de toda la vida, apoyó su mano en mi hombro y me llevó hasta un consultorio cercano. El calor de su mano se estiró por mi espalda hasta el nacimiento del huesito dulce. Alcancé a oír que le pedía a mi madre que se quedara en otra sala. Luego vi que ella se tapaba la boca con la mano. Supuse que estaría preocupada por si a ese estudio lo cubriría la mutual o algo por el estilo. ¡Es tan escandalosa cuando quiere...!

Lo busqué con disimulo, pero Brad se había perdido en el pasillo.

El nuevo consultorio era mucho más grande que el anterior y con puertas en todas las paredes, una verdadera rareza. En el centro había un aparato enorme con una camilla ubicada justo al centro de un gran tubo.

Reapareció, no sé por dónde, carilindo. Me informó que el estudio que me harían se llamaba 'Tomografía Computada'. Me describió cómo funcionaba aquel enorme aparato. Me explicó que yo entraría sola, debía recostarme sobre la camilla y luego la máquina haría lo suyo. Los médicos estarían en otra sala con sus computadoras.

Podría haber estado diciéndome que me tirara dentro de un cráter y me daba igual. ¡Estaba re bueno! 'Lo ponen a éste para que me deje hacer cualquier cosa', deduje. "Y bué..."

-Una enfermera te inyectará un líquido de contraste.

-Perdón -dije yo despertando de mi función de cine- ¿dijo inyectar? O sea, ¿poner una inyección?

-Pero no dolerá nada -y volvió a desaparecer misteriosamente por una de las muchas puertas del lugar. Debía ser Brad Pitt, nomás, pero en "Entrevista con el vampiro".

-¿Dónde está mi mamá? -pregunté con rabia.

-Estoy aquí -dijo ella- en la sala de las computadoras -su voz salía por un parlante- No tengas miedo, es un ratito.

Sí claro, no tengas miedo, total a la aguja me la clavan a mí, y todo por nada, es más exagerada, si yo no tengo por qué estar acá.

La enfermera entró a acomodarme en la camilla. Se me cayeron del bolsillo las hojas arrancadas de la revista. Miré para todos lados. Ella no se dio por enterada, guiñó un ojo y me puso la inyección en el brazo. No dolió, sólo me subió un calor artificial por todo el cuerpo. Yo prefería el de la mano del carilindo.

De pronto la máquina comenzó a funcionar y a brillar como una nave espacial. Oí una voz masculina saliendo del parlante. La identifiqué, era la de Brad:

-La camilla comenzará a entrar lentamente en el tubo. Hace unos ruidos raros, pero si te molestan páramos las veces que sea necesario.

Ahora hablaba el viejo:

-Nosotros vemos todo desde aquí. Demoraremos unos quince minutos. Paciencia. ¿Está lista? -me gustaba que algunos me trataran con tanto respeto y no me tutearan.



Graciela Bialet

Me tomé unos segundos para digerir lo que estaba sucediendo y dije sí.

Efectivamente la tomografía demoró 15 minutos y 11 segundos -no podía ver mi reloj cronómetro, pero la máquina tenía uno propio. "¿Cuál era mi número de la suerte en ese día?"... ahora sí que estaba en problemas, no podía recordarlo. No importaba, once segundos, el once, sí el once, el iluminado, vibración maestra del dos. La mitad de dos, uno. El uno, Felipe.

Por fin había terminado ese estudio. Me levanté tan pronto como pude. Reaparecieron los guardapolvos blancos y mamá. Me alegró verla, a pesar de todo.

Quedaban los dos médicos del principio y se había sumado una joven doctora. Era linda y me trató con dulzura. Me tocó una mano y preguntó cómo me sentía. "Por fin alguien pregunta...", pensé. En el acto recordé al carilindo. ¿Dónde estaría? La doctora, como si leyese mi mente, hizo un gesto con la frente indicando que se había ido. Brad era definitivamente un fantasma, había desaparecido.

El médico más canoso intervino diciendo que a la mañana siguiente, sin falta, nos quería ver de nuevo en su consultorio para darnos los informes. Insistía en que era muy importante. Yo seguía sin entender tanta exageración.

Mamá estaba blanca como un papel, pero siendo como es, era de esperar que aquel incidente la hubiese alterado más que de costumbre.

*Si tu signo no es cáncer*

La doctora nos despidió con un beso. Cuando terminé de arreglarme la ropa, llevé a mamá hacia la puerta de calle y la subí a un taxi casi volando, para llegar a casa pronto, a tiempo para ver la telenovela que recién estaría empezando.

SECRETARÍA DE ESTADO DE EDUCACIÓN Y CULTURA DE TUCUMÁN  
E.T. Nº 1 VILLA DE LEALES  
VILLA DE LEALES (4113 - TUCUMÁN)

## **PREDICCIONES POÉTICAS**

### **CLAVE**

Servir a los demás, es una manera de ser pájaro.  
"En vano se echa la red ante los ojos de los que tienen alas."

(GABRIELA MISTRAL)

### **PROSPERIDAD**

"Mucha gente pequeña, en lugares pequeños, haciendo pequeñas cosas, puede cambiar el mundo."

(PROVERBIO AFRICANO)

### **AMOR**

¿Escuchas?

"La lluvia es bella y triste y acaso nuestro amor sea bello y triste y acaso la tristeza sea una manera sutil de la alegría."

(RAÚL GONZÁLEZ TUÑÓN)



## **DERROTERO ASTRAL n°6**

Le hablé por teléfono a Anahí apenas me levanté. Estaría ansiosa por saber cómo me había ido con los médicos. Mientras la llamaba, busqué mi horóscopo en el diario. Trae mala suerte hablar con alguien antes de leerlo.

-Estás leyendo el horóscopo y no hablándome a mí -gritó del otro lado Anahí- te conozco... ¿Cómo te fue ayer?

Le conté con lujo de detalles mi experiencia en aquel tubo de la tomografía y tal vez exageré un poco, pero fue para que ella entendiera de qué se trataba el estudio.

"Gaaabyyy...", llamó mi madre.

-Desde acá la escucho a tu vieja -dijo Anahí- ¿Y si te acompaño a la clínica hoy?

-Me encantaría, pero no creo que mi mamá quiera compartir el protagonismo -nos reímos.

Dicho y hecho. La conocía de toda la vida a esta mujer. No había caso. Textuales palabras:

-No, de ninguna manera -dijo-. Esto no es un juego, así que vamos solas. Papá nos buscará cuando salga del trabajo.

No discutí porque parecía estar en otro mundo; además, me había pasado con eso de avergonzarla frente al médico. Iba a tener que pedirle disculpas.

Con su mejor cara de madre atenta me llevó a la clínica.

Para mi sorpresa el traumatólogo que nos atendía, un tal doctor Magurno -finalmente recordé su nombre, fue como una premonición, mi horóscopo del día hablaba de la memoria, icreer o reventar!- hizo pasar a mi mamá y me pidió que esperara afuera. Me enfermé de bronca. Si la paciente era yo, ¿por qué tuvo que llamar a mi vieja primero?, ¡hablar entre ellos, sin mí!

Menos mal que tenía unas monedas y pude sacar una latita de gaseosa de la máquina. Caminaba como una leona pensando y esperando... Y papá que no llegaba para poner fin a este atropello... ¡era de no creer que me dejaran afuera!

Al rato mamá salió, con la cara más extraviada que antes. Los ojos parecían perdidos en una nebulosa y me daba la impresión de que hacía un esfuerzo sobrehumano para concentrarse en lo que estaba diciéndome:

-Hija, el doctor quiere tomar una muestra, como un análisis digamos, de esa parte inflamada de tu pierna.

-¿Qué?, ¿me van a pinchar de nuevo? ¿Hasta cuándo? No, ¡basta!, ¡se terminó! En algún momento hay que parar con esto. ¿Se han vuelto todos locos? Fin de la conversación mamá, fin de la conversación -ella sólo sacudía la cabeza-. Ya lo dijo el abuelo, para estos tipos somos clientes y van a inventar cualquier cosa para sacarnos plata. Es su negocio, ¿te suena? -repetía todo el repertorio del nono Lucho para convencerla, sabiendo de antemano que no me haría caso.

-Deberías hablar con el médico y no enojarte -dijo-. Vamos, nena, te está esperando. Yo, mientras tanto, hago un llamado telefónico. ¿O mejor te acompaño al consultorio? -hablaba rápido, dudaba, se contradecía; algo estaba fuera de control.

-No, ¡no me acompaña nadie!, puedo ir sola. Tengo 16, ¡no soy una nena! Es mi cuerpo. Es mi trasero. Ya entraste, ya hablaste, ya decidiste todo. Ahora me toca a mí, me van a escuchar estos médicos... -y di media vuelta hacia el consultorio, cerrando la puerta con fuerza.

El médico estaba sentado en su sillón, reclinado hacia atrás, esperándome. Me invitó a sentarme, separados por el escritorio. En la pared, sobre un panel iluminado, se veían un montón de radiografías, algunas muy extrañas. Eran muchas.

-Éstas son placas radiográficas de los huesos de tu cadera y de tu pierna -señaló algunas -y en estas

otras, las tomográficas, se ven tus músculos -él hablaba pero como un profesor de anatomía. Ya me trataba con más confianza, más vale, si ya me conocía por dentro.

-Acá... -señalaba-. Acá está ese tejido inflamado que molesta.

-No me molesta. No me dolió nunca, ni antes ni ahora, ¡jamás sentí dolor! ¿Será posible que nadie me crea?

-Bueno, pero es un tejido anormal, algo que no debería estar ahí. No sabemos aún qué es, por eso, queremos estudiarlo.

-Mire doctor, yo vine por un accidente, no sé si usted sabe, y luego me salieron con todo esto. Me parece que no es para tanto que esté hinchado... acá... en la pierna... -me daba vergüenza decir ¿cola, trasero, culo...? ¿Cómo estaría bien llamarlo frente al médico? Yo pasaba mi mano sobre la zona.- Él se dio cuenta y corrigió: "en el glúteo".

-Bueno, como le decía, ¿una inflamación en el... glúteo? ¿Un chichón? ¿Cuántos chichones he tenido en mi vida? y nunca me he muerto. Mis padres son un poco exagerados, pero... -a medida que seguía frotándome, percibía que aquel bulto era más compacto y duro. Entonces dudé- ¿Acaso usted cree que seguirá creciendo?

-Mire Gabriela -de pronto dejó de tutearme. "Leyó su ficha y le acertó a mi nombre", pensé, "tiene razón el nono, son hábiles comerciantes"- . Yo entiendo que esté un poco molesta. A nadie le gustan los

hospitales, a mí tampoco -se rió ante el chiste obligado- pero si la hemos llamado es porque entendemos que... bueno, que eso puede seguir creciendo y no sería bueno.

Yo inspiré profundo pensando en que iba a parecer deformada si ese pedazo de cola seguía creciendo como una joroba caída de la espalda.

-Lo cierto es que debemos tomar una pequeña muestra -dijo contundente el médico, aprovechando mi desconcierto- y quisiéramos hacerlo ahora mismo, en un rato.

-Ah no, no va a poder ser. Ya desayuné, así que mejor vengo otro día para hacer esos análisis -dije para que se diera por enterado de que me iba.

-No es un análisis de sangre -acotó él sin inmutarse. Yo empecé a abrir los ojos hasta que se secaron y tuve que parpadear.

-Con un poco de anestesia, sacamos una muestra de tejido y lo analizamos -dijo todo de un tirón como si no estuviese hablando de mis carnes.

-¿Qué? ¿Anestesia? ¿De qué habla, doctor?

-Es cosa de una hora y luego se va a su casa. En unos días tendremos los resultados y evaluaremos los pasos a seguir.

Mamá entró de repente y no sé bien de qué hablaron entre ellos, pero reaccioné cuando le pidió todas las placas al médico, las puso en un sobre enorme y se despidió con un "luego lo llamo, doctor".

Salimos del consultorio. Mamá me abrazó por los hombros llevándome hacia la calle y diciendo que

no me hiciese problemas pues acababa de hablar con mi tío Gerardo, que es médico. Dijo que nos estaba esperando en su consultorio para ver esos estudios. "Pero si él es oculista", protesté yo.

-Es médico -dijo ella con tono de "fin de la conversación".

Pobre tío Gerardo, siempre andaba de confesor médico de toda la familia, y mi familia era un caso... un verdadero caso para el manicomio. Era, además, un gran karateca, cinturón negro. De chicos nos enseñó a varios de sus sobrinos algunas tomas y posiciones de ataque. Él se reía de todos pero finalmente nos revisaba, o recetaba, o mandaba a un especialista diciendo que era su karma ser la tortuga Ninja de esta familia de locos.

No sé en qué tiempo récord estuvimos en su consultorio. Mi papá nos estaba esperando. Yo presentí que la cosa venía complicada y me dejé llevar.

Entramos al consultorio de tío Gerardo. Miró todas las placas, me hizo un par de preguntas acerca de cuánto tiempo hacía que yo notaba eso en mi muslo y luego, de repente, me pidió que por favor fuese a llamar por teléfono a tía Clota para decirle, en su nombre, que aceptaba su invitación a almorzar. Por un momento me volvió el alma al cuerpo. Las cosas regresaban a la normalidad, de nuevo yo era un familiar y no una simple paciente.

Pero duró poco la ilusión, en menos de diez minutos estuvimos en camino a la clínica, acompañados por tío Gerardo.

Todo transcurrió rápido, como en el tren fantasma. El tío dijo que había que tomar sí o sí esa muestra.

No sé cuántos médicos se acercaron cuando llegamos, en qué momento estuve en una camilla atravesando puertas y pasillos, y terminé en un quirófano.

Se pasó mi tío. Entré de la mano con él y no me la soltó ni un minuto. Por suerte me dormí al toque -del susto, creí yo, pero luego supe que la anestesia actuó rápido- y no sentí nada. Cuando desperté estaba en una cama alta, envuelta en una bata blanca horrosa y con el trasero todo vendado. Papá me preguntó cómo me sentía. "Mareada", le dije.

-Me quiero ir a casa. El doctor dijo que podía irme apenas terminara este estudio. ¿Qué pasa, papá? -le pregunté, pero él me alcanzó la ropa y salió para que me vistiese.

Los pantalones no me entraban con la venda enorme que tenía puesta, así que la arranqué y alcancé a ver una espantosa costura negra sobre mi piel. Rengueando me fui hasta la puerta y llamé a mamá.

-Qué pasa mamá, si a la que le hicieron esto es a mí -le reproché al verle los ojos hinchados.

-Es un desastre cómo me han dejado. En mi vida voy a poder volver a usar bikini. ¡Me dijeron que era una muestra, no que iban a coserme como a un arrollado de pollo!

Ella intentó tranquilizarme diciendo que luego me harían una cirugía plástica.

Graciela Bialek

-¿Y porqué no la hicieron ahora? ¿Viste que lo que quieren es sacarnos plata? El nono Lucho tiene razón. Dos veces te internan, cobran doble, ¿se entiende? total la que pone el cuerpo isoy yo! -gritaba enfurecida.

La remató mi vieja cuando sacó de un bolso que traía, una túnica suya para que me vistiese, una de esas largas de bambula que hacen los hippies.

-¡Por nada del mundo voy a ponerme esa ropa de vieja!, ¿oíste? ¡Nunca! ¡Jamás! ¡Esto se termina acá! -Al escuchar mis gritos, entraron a la habitación papá y tío Gerardo, que llamó a la enfermera para que volviera a colocarme las vendas sobre la herida.

Papá trataba de consolarme diciendo algo que yo no oía. El tío, menos paciente, me zamarreó diciendo que basta de gritos, que me dejara curar la herida, que me vistiera de una buena vez y dejara de hacer berrinches, que la clínica estaba llena de gente con sus propios dolores y que no había visto a ningún diseñador de modas, ni a ninguna modelo por los pasillos, así que podía salir tranquila e irme a casa.

Sentí ganas de arañarlo, pero me contuve. Me daban pena mis padres. En ese momento llegó Anahí y el tío nos dejó solas.

Me ayudó con la ropa y yo le conté que me dolía un poco. De repente pensé:

-No estará Felipe acá, ¿no?

-Él insistió en venir, quería saber cómo te sentías.

Pero no te hagas problemas, le digo que se vaya ya mismo -me contestó apurada tratando de evitar otro escándalo.

*Si tu signo no es cáncer*

-¡Inmediatamente! Lo único que falta es que me vea con esta facha. Ni loca salgo de acá.

-Tranquila. Voy, lo despido y vuelvo a acompañarte. Tranquila.

Me recosté sobre la cama y me puse a llorar, furiosa. ¿En qué momento me había pasado todo esto?

## **PREDICCIONES POÉTICAS**

### **CLAVE**

La unificación y el equilibrio son tus propósitos en la vida. Pero no olvides que "cada persona brilla con luz propia entre todas las demás. No hay dos fuegos iguales."

(EDUARDO GALEANO)

### **PROSPERIDAD**

No te rindas.

"Hay noches en que las horas se hacen de piedra en los espacios,

en que las venas no andan

y los silencios yerguen siglos y dioses futuros.

Un relámpago baraja las lenguas y trastorna las palabras."

(RAFAEL ALBERTI)

### **AMOR**

¿Cómo contar un sueño sin noche?, si...

"Estar contigo o no estar contigo

es la medida de mi tiempo."

(JORGE LUIS BORGES)



## **DERROTERO ASTRAL n°7**

Amanecer en casa no fue garantía de volver a la normalidad, y eso que estábamos de festejos. Mi hermana Violeta cumplía 22 años. ¡Veintidós años! ¿Quién diría?, ahora que era grande y podría hacer lo que quisiera, estaba casada y con un bebé.

Cuando éramos chicas y jugábamos solas me zamarreaba de acá para allá y siempre se hacía lo que ella quería. Se la pasaba gritándome que ella mandaba porque era la mayor y que "la mami" le había dicho que debía cuidarme. "Todo pa' Viole", repetía cuando me quitaba algo, quedando para siempre como chiste en la familia. A los demás les hacía gracia entonces, a mí recién ahora.

Qué feo era este cumpleaños para Violeta. Conmigo en la cama, su festejo era lo de menos.

Mamá seguía como perdida. ¡Demasiadas cosas juntas! De por sí, ya estaba cansada de preparar cumpleaños "harta, podrida, gastada", renegaba. Hacía unos meses había sacado cuentas y juraba haber horneado ochenta y cinco bizcochuelos e incrustado mil ciento catorce velitas sobre los merengues y cremas chantillies de las respectivas tortas festivas para cada cumpleaños de papá, de Violeta, los míos y hasta los de ella misma. "¡Durante casi cuarto de siglo! ¡Mueran las batidoras y las granas!", se quejaba. ¡Qué pena por mamá! y encima yo con este tajo.

Intenté levantarme para ir a saludar a mi hermana cuando justo entró papá a mi dormitorio, a despertarme.

-No le compré nada a "la Viole" -le dije a papá apenas se asomó.

-No te aflijas, yo compré por los dos -y me alcanzó una bolsa de regalo mientras mamá aparecía con ojos extraviados y sonrisa de nylon-. ¡Bah!, por los tres -corrigió rápido papá.

Entraron luego Violeta y su marido, con Betito. Me di cuenta de que la reunión familiar se haría en mi cuarto.

-Venga anciana. Venga que le doy un besote, hermanita querida. ¡Qué vieja estás, Viole! ¡Hay que ver esas arrugas que te están rayando la frente! -le dije amagando levantarme. Papá me retuvo en la cama. Violeta se inclinó a besarme y no perdió, ni en chiste, la oportunidad para tironearme el pelo, diciéndome irónicamente la frase: "¿Sabes cuánto te quiero,

hermanita?", que usábamos tanto para amenazarnos como para confirmar el cariño que nos teníamos.

Le mostré la bolsa que había escondido papá entre mis sábanas y le di el regalo. Ella lo abrió, y sacó un vestido verde y lila, sus colores favoritos. Muy bonito.

Mamá la abrazó y se le cayeron un par de lágrimas.

Violeta contó emocionada que Betito le había regalado ¡una talquera! En mi vida la había visto usar talco. Ella se cuidaba tanto el cutis ¡qué iba a ponerse talco! Seguro que era una muestra gratis de algún hipermercado. ¡Era más rata el marido! Debe ser lo único que consiguió gratis ese reverendo inútil. ¡Cómo cambian las cosas! ¿Dónde quedó aquello de lo mejor "pa' Viole"? Le llegaba a regalar yo una porquería como ésa... y era capaz de hacérmela comer. Qué le vamos a hacer, dicen que el amor es ciego, y en el caso de mi hermana, sordo, mudo y encima miserable.

-¡Ah!, y Roberto me trajo el desayuno a la cama con una rosa roja -dijo Violeta abrazando por el cuello a su Romeo subdesarrollado y se besaron. A mí me emocionó. Siempre me conmueve ver a los enamorados. Cómo me gustaría que Felipe me besara así. No me importaría que me regalara una talquera de promoción.

-Hablando de desayuno, ya se me hizo tarde. Me voy a trabajar -dijo papá.

Roberto también se fue, había conseguido un reemplazo por tres meses en una droguería. "Algo es algo", dijo y me deseó buena suerte, "en todo", aclaró.

Yo miré a mamá sin entender lo que habría querido decir. Violeta me sorprendió diciendo:

-Hoy no trabajo, así que ya vuelvo Gaby, para echarnos el tarot, ¿sí? -ella no era muy creyente que digamos, pero realmente le haría bien un poco de ayuda estelar, así que acepté y le disfracé algunas respuestas porque me daba pena ver lo mal que le caían las cartas, al fin y al cabo era su cumpleaños.

A lo largo del día, vinieron algunos vecinos y amigos a tomar mates y comer pasta frola con mi hermana. Uno por uno pasaba a saludarme a mi dormitorio. No había caso, la Viole tenía que compartir conmigo el protagonismo de su festejo.

Por suerte llegó Anahí, ella sí era MI visita.

Más tarde vino a casa tío Gerardo. Al principio creí que llegaba a saludar a Violeta, pero después supe que no. Con él entró mi papá, quien supuestamente a esa hora estaba en el trabajo.

Yo seguía en mi dormitorio, disfrutando de la televisión que me habían traído para que no me levantara de la cama. Anahí me acompañaba. Dábamos un espectáculo lamentable las dos echadas sobre mi cama, como unas vacas, viendo telenovelas y untando pan criollo con manteca y dulce de leche. "Soy una verdadera chancha... más que de fuego, una chancha jamonuda. Vaca, cerda, hipopótamo, chancha chanchísima voy a quedar", pensaba mientras lamía los restos de dulce que quedaban en el pote.

Supe, por el ruido de la puerta del comedor, que papá y el tío se habían encerrado con mamá en la cocina. Miré a Anahí sorprendida, pero me olvidé del tema cuando ella me contó por enésima vez que Felipe,

conmovido, le había dicho la tarde anterior, luego de mi rabieta en la clínica, que cualquier cosa que necesitáramos no dudara en contar con él, que me lo dijera a mí y a mis viejos. Y lo mejor: que me mandaba un abrazo.

-¿Eso de que yo podía contar con él, lo dijo antes o después de sugerir que se lo dijeras también a mis viejos?, ¿o fue al revés? -le pregunté de nuevo- ... No es lo mismo, ¿eh?

Una cosa sí quedó en claro: el abrazo era para mí sola.

-Pero... ¿Dijo que mandaba el abrazo solo, pelado, a secas, o con un beso? -Anahí me gritó que dejara de molestarla, que los dos la teníamos podrida.

No era justo, cuando ella estaba enamorada de Manuel, yo escuchaba doscientas veces las mismas historias y no me quejaba.

Al rato tío Gerardo y mis viejos aparecieron por mi cuarto. Le pidieron a Anahí que saliese porque querían conversar conmigo. Estuve a punto de decirles que lo que yo escuchara podía oírlo mi amiga del alma, pero no sé qué me detuvo.

El tío arrancó:

-Bueno, Gabriela. Los estudios que te hicieron ayer no han salido bien. En realidad están bastante mal. Por eso me pidieron que yo les avisara.

-Pero si los estudios iban a estar listos recién dentro una semana. ¿Cómo es que ya están los resultados? -pregunté.

-Es que no están los resultados definitivos. Siguen estudiando ese tejido de la muestra que tomaron, pero

lo que ven hasta ahora, luego de unas cuantas horas de analizarlo, es malo, es grave y necesita ser extirpado cuanto antes.

-¿Cómo que extirpado? -me sonó a otro quirófano y no me gustó la idea.

Papá se sentó a mi lado.

-Hijita, esto es difícil para todos. Nosotros tampoco salimos de nuestro asombro, pero no podemos quedarnos con los brazos cruzados.

Mamá comenzó a llorar tapándose la cara.

-Si vas a llorar, por favor, ¡afuera! -levantó la voz papá.

Yo me asusté. Algo estaba fuera de control. Si mi viejo gritaba así, era que estábamos en problemas.

-Gabriela, vas a tener que ser fuerte. Ahora mismo volvemos a la clínica. Van a internarte para preparar todo y mañana a primera hora te operan. Los médicos van a sacar ese tumor, porque si lo dejan, puede causarte mucho daño.

-¿Un qué...? -dije yo.

-Un tumor.

-Se llama liposarcoma -aclaró tío Gerardo-. Es un tipo de tejido maligno que ha crecido entre los músculos. Probablemente, por efecto del accidente con el automóvil, cuando estiraste esa pierna para contener la frenada, el tumor se desplazó y ha comenzado a vascularizarse. Hay que sacarlo antes de que la sangre circule por la zona.

Todas esas palabras raras de médico me dejaban sin aire. Tenía muchas preguntas pero mi garganta sólo generaba saliva.

-¿Cómo que creció. ¿De qué hablan? ¿De un músculo de más?

-No exactamente. No es un músculo. Es un tejido, te diría... un tejido defectuoso de las grasas que ha crecido entre los músculos.

Cuando dijo 'grasa' miré la manteca ya casi derretida que seguía sobre mi mesa de luz, junto al pote de dulce de leche. "Soy una vaca", pensé.

Tío, como adivinando mi pensamiento, o quizás siguiendo mi mirada, me dijo que eso no tenía nada que ver. Que las grasas son imprescindibles para el cuerpo y que hasta las personas más delgadas del mundo tenían grasa en el organismo.

-Vamos para la clínica, hija. YA -ordenó papá.

Me levanté como una autómatas de la cama y me puse a sacar ropa para llevar. No volvería a usar la horrible túnica de bambula de mamá. El tío salió de mi cuarto. Papá me alcanzó del baulero un bolso de viaje. Mamá doblaba mi camión.

-¿Qué quiere decir vascularizar? -pregunté.

-Que empieza a llenarse de sangre -contestó mamá-, por eso comenzó a hincharse esa zona.

-Yo no me opero nada -dije.

-Gaby, no hay tiempo para berrinches. Eso se opera y ya -papá me agarró de un brazo para evitar que comenzara a vaciar la valija que mamá llenaba con cualquier cosa.

Anahí entró a mi dormitorio, blanca como un papel. Creo que estaba más asustada que yo.

Graciela Bialet

Papá la tomó por los hombros y la sacó. Alcancé a oír que le pedía que llamara para que viniesen a buscarla. Ella entró apurada, a los pocos minutos, y me abrazó fuerte.

-Mañana nos vemos. Te voy a visitar a la clínica.

## **PREDICCIONES POÉTICAS**

### **CLAVE**

A no desesperar: "Las nubes sólo duran un momento y el sol es para todos los días".  
(RABINDRANATH TAGORE)

### **PROSPERIDAD**

"Nadie puede darnos un día feliz  
si no lo hacemos antes florecer  
adentro nuestro, así como los árboles  
tienen la primavera en las raíces  
antes de reventar en el retoño."  
(HAMLET LIMA QUINTANA)

### **AMOR**

"Amor,  
me quedo sin decir tu nombre  
porque tendría que inventar palabras  
para que lo comprendan las palomas,  
la miel,  
la uva, terminada en marzo."  
(ARMANDO TEJADA GÓMEZ)

## DERROTERO ASTRAL n°8

SECRETARÍA DE ESTADO DE EDUCACIÓN Y CULTURA DE TUCUMÁN  
E. T. N° 1 VILLA DE LEALES  
VILLA DE LEALES 44113 - TUCUMÁN

Las camas de hospital nunca son como la de una, pero el tío había conseguido una habitación donde, por lo menos, no tendría que dormir con alguna desconocida.

Mamá se quedaría conmigo a pasar la noche y en la madrugada me llevarían al quirófano. Papá aseguraba que el médico que operaría era uno de los mejores de la ciudad, "sí ya sé, Magurno", dije. Tío Gerardo me acompañaría, por suerte.

Papá quería convencerme de que ese tumor era malo, de grado tres o algo así, pero recién me enteré de que lo que yo tenía era un cáncer y de que tal vez me sacarían la pierna,



cuando la médica macanuda que había conocido haciéndome la tomografía, la doctora Silvia, me llevó a hacer nuevos estudios, a medianoche y por pedido urgente de Magurno.

Mamá quedó en la habitación, profundamente dormida en una cama que improvisaron al lado de la mía. Creo que el tío la obligó a tomar una pastilla. Debe haber sido un sedante. Al principio habló como borracha hasta que finalmente, tumbada como un tronco, se durmió.

La doctora Silvia me caía bien. Su corte de pelo era muy original: bien corto, con flequillo en diagonal y varias mechas largas atadas en la nuca. Abajo del guardapolvo blanco desabotonado, podía verle una remera amarilla y pantalones ajustados al cuerpo. Usaba sandalias de gamuza, como las mías.

-Vamos Gaby -me pidió que la siguiera y apenas estuvimos en la sala de recepción sacó de su bolsillo una bolsa repleta de golosinas y se puso dos caramelos juntos en la boca.

-Es que ando muy ansiosa porque acabo de dejar de fumar -dijo ofreciéndome. Le acepté un chicle. Luego me guió por el ascensor al subsuelo, y otra vez a esa sala oscura llena de aparatos. Mientras me hacía una ecografía, me anunció que durante los próximos seis o siete meses nos veríamos seguido, porque ella era la médica radióloga que me atendería.

-No vas a creer, tus opciones éramos el médico súper buen mozo que te empezó a atender ayer, y yo, ¿y a quién le tocó el seguimiento de tu caso?: a mí.

Carilindo quedó carilarga... -echó una carcajada ruidosa y siguió-. Esta vez yo obtuve mejor calificación. Tu caso es muy interesante y los dos queríamos tomarlo -me acordé de pronto de Brad médico.

Casi me sentí halagada, pero pudo más el miedo. Silvia me pareció divertida y me inspiró confianza de entrada. Me resigné a vivir sin Brad pensando que quizás reaparecería bajo otra entidad, como le sucedió a Susan en el final de "¿Conoces a Joe Black?". No me importaba tanto, al fin y al cabo yo tenía a mi Felipe para suspirar, mejor sufrir por uno solo.

Mientras me mostraba en la pantalla de su computadora mis músculos enfermos, la doctora explicó:

-¿Ves Gabriela?, ahí está el tumor. Ése es el cáncer.

Una bioquímica que apareció repentinamente de la nada, me sacó sangre y se fue en silencio. Yo retomé la conversación pendiente:

-¿El qué? - pregunté sin entender.

-Nadie te lo dijo de esta manera, parece, pero alguien lo hará, mejor es que lo sepas de una vez. El cáncer es ese tumor -señalaba la pantalla-. La biopsia indica que es bastante maligno, pero ¿ves?, está encapsulado, aún. Se lo observa compacto. Eso es bueno -y me mostraba en el monitor del ecógrafo algo contorneado por zonas de color fucsia y turquesa.

-¿Es un cáncer? ¿Acaso no se muere la gente con cáncer? -pregunté yo atónita.

-No siempre. En tu caso, el tumor está muy cerca del hueso, ¿lo ves? -señalaba la pantalla e insistía en que reconociera esas imágenes computarizadas que

para mí eran ruso básico- así que... es probable que tengan que desarticular la pierna derecha.

-¿Qué quiere decir "desarticular"?

-Algo así como seccionar.

-No entiendo... ¿seccionar es cortar..?

-Tranquila, es únicamente una posibilidad. Ahora hay miles de tratamientos ortopédicos para hacer. Es un problema a resolver en el futuro. Lo importante en este momento es que te operará el mejor médico y que al tumor lo van a sacar completo.

Todos decían "tranquila", claro... total a ellos no les decían que había que operarse, que tenían un cáncer, que tal vez le iban a sacar una pierna, que si no se dejaban hacer todo eso en una de esas podrían morirse... tranquila, claro... total... soy yo la que pongo el cuerpo. "Me parece que en cualquier momento me voy, me escapo de acá y chau", pensé. Mi mente se puso en blanco.

Me hizo varias tomas más y un par de placas. Luego me dijo que regresara a mi cuarto. "Hasta mañana", me dio un apretón de manos y corrió a entregar los estudios.

En la habitación, mamá seguía durmiendo. La tapé, le di un beso en la frente y sonrió como sintiendo mi caricia. Me quedé mirándola dormir como un ángel. Me daba cuenta de que se resistía porque sus párpados tiritaban, a pesar del sedante. Pensé que ése era el momento ideal para fugarme.

Repentinamente se abrió la puerta de la sala y apareció nuevamente la doctora Silvia.

-Ya entregué los informes de los estudios, y como estoy de guardia, se me ocurrió pasar a charlar un rato

más. Imagino que tendrás muchas preguntas -me invitaba con señales a salir a la sala de espera. No había nadie.

Ella sacó dos vasitos de la máquina: uno de café para ella y uno de té para mí. Lo primero que quise saber era cómo me había agarrado yo ese cáncer. Me explicó que el tumor se formaba por el mal funcionamiento de un grupo de células que de pronto, como si enloquecieran, se revelaban y comenzaban a funcionar de manera desconocida.

-Nadie sabe a ciencia cierta por qué sucede -como yo no preguntaba nada, siguió su explicación.

-Se conocen algunos factores que inciden, como fumar -apenas dijo "fumar" manoteó la bolsa de golosinas y peló un chocolate- o estar en contacto con ciertos tóxicos. En tu caso, se registró una investigación acerca de un plaguicida que utilizaban para fumigar plantaciones de soja, el cual produjo varios casos de liposarcomas en granjeros expuestos a ese producto, en Canadá.

-Pero yo jamás estuve en un campo sembrado. Ni siquiera me gusta la soja. Soy más urbana que una avenida -dije entre la furia y el llanto.

Silvia me abrazó y me dijo que era uno de los pocos estudios realizados sobre las causas probables de ese tipo de cáncer que afectaba a muy pocas personas.

-¿Te haría bien que recemos juntas? -me propuso. Yo la miré diciendo que me parecía raro que un médico fuera creyente.

-Yo me aferro a la ciencia por un lado pero invoco toda la ayuda celestial que pueda conseguir.

La sentí mi amiga y conversamos de muchas cosas más. Ella me contó que tenía una hija de diez años

Graciela Bialet

llamada Danila. "¿Diez años?", pensé que era muy joven para tener una hija de esa edad. Como leyendo mis dudas, me confesó que había sido muy duro para ella enfrentar y pelear la vida como madre soltera con tan sólo dieciocho años y una carrera universitaria por delante. Suspiró profundo y dijo que estaba cansada, a veces asustada, que esquivar las piedras del camino la hacían tropezar varias veces, pero cuando miraba a Danila a los ojos se sentía renacer, complacida, y entonces confirmaba que lo estaba logrando.

-Todos tenemos una historia. Cada cual lleva su cruz, Gabriela -sentenció-. El tema es cómo cargarla sin que te quiebre la espalda.

Yo le conté que a mi hermana Violeta le había pasado algo parecido. Se había casado de apuro, embarazada de Betito... "¡Bah, el que la embarazó fue el reverendo 'i'! Betito vino después". Dicen que papá obligó a mi cuñado Roberto a hacerse cargo del asunto, y que mamá llegó a tener que ponerse entre ellos para evitar que le diera una trompada. Silvia se rió a carcajadas cuando supo quién era el innombrable y la mala vida que nos dábamos.

Nunca había hablado de estas cosas con un desconocido, pero ella me caía bien, muy bien.

Me emocioné al acordarme de Anahí que seguro andaría muy preocupada, y también le conté con lujo de detalles mi amor por Felipe. A ella le brillaron los ojos cuando le comenté que en los últimos días me había parecido que Felipe me miraba con una

*Si tu signo no es cáncer*

sonrisa especial, que no me importaba si no era cierto, que a mí me gustaba creérmelo.

De a poco los silencios comenzaron a ocupar más espacios que las palabras y se transformaron en bostezos, entonces nos despedimos con un "hasta dentro de unas horas".

Me acosté en mi cama. ¿Para qué iba a fugarme? ¿Qué iba a hacer, sola por ahí, con ese pedazo de carne enferma creciendo adentro de mí? Las cartas ya estaban jugadas.

Me levanté nuevamente a besar y tapar con una manta a mamá, que supuestamente estaba cuidándome. Me recosté a su lado sin despertarla y me acurruqué en su pecho tibio. Me gustó escuchar los latidos de su corazón haciéndome cosquillas en la oreja.

Así y todo, no pude dormir y regresé a mi cama. Prendí el velador ¿Las cartas ya estaban jugadas? Mejor las tiraba primero. Busqué el tarot egipcio que venía con la revista que me había regalado tía Clota, pero al primer corte salió la carta del Carro de Osiris que, según el instructivo, era el símbolo del triunfo. Si estar internada en una clínica con un tumor era triunfar, estábamos todos locos, así que preferí dejar el tarot para otro día.

Salí de nuevo a la sala del pasillo, quería hablar con alguien y me senté a escribir una carta para Anahí.

Querida Anahí:

No sé cómo me metí en este lío. Me acabo de enterar de que tengo cáncer. Mañana me operan y tal vez quede renga. Mi

mamá duerme como una santa en este momento y no quiero despertarla con estas novedades. Ahora entiendo por qué la doparon, debe estar muy nerviosa.

No sé si escaparme de la clínica o dormir. Lo que sí sé es que quiero que registres todo lo que suceda mientras yo esté anestesiada, para saber qué me hacen. Cuando digo todo es TODO. Somos amigas desde siempre, nunca nos hemos mentido ni ocultado nada, bueno, ya sé, lo de Felipe es otra cosa, y además ya lo aclaramos. Quiero que me cuentes todo, por malo que sea. Nada más puedo confiar en tu versión, y ahora también en la doctora Silvia, ella es frontal y sincera.

En este momento no tengo ganas de consultar mis horóscopos. Por ahora sólo voy a rezar.

Te quiero mucho. Siempre has sido mi mejor amiga, mi amiga casi hermana, mi amiga del alma.

Adiós,

Gaby

Volví a mi cama y puse la carta bajo la almohada, para entregársela por la mañana personalmente a mi amiga; ella vendría a saludarme, lo había prometido.

Apagué la luz y recé otro Padre Nuestro.

Padre Nuestro que estás en los cielos, santificado sea Tu nombre. Venga a nosotros tu reino y

te pido que cuando vengas, me ayudes en la sala de operaciones. A mí y al doctor Magurno. Hágase tu voluntad así en la Tierra como en el cielo, y si es Tu voluntad, por favor que no me saquen la pierna, que por lo menos si la "desarticulan", como dice la doctora, me saquen el hueso pero me dejen la pierna. Gracias por ayudarme siempre, aun en medio de esto. Gracias por mandarme a Silvia que me explicó bien las cosas, para que yo las entienda. El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy, y ayuda a mi papá para que pueda pagar estos gastos. Que la mutual funcione porque a mamá la vi renegando con la secretaria médica por no sé qué cosas que la obra social no estaba cubriendo. Y perdona nuestras ofensas así como nosotros perdonamos a quienes nos ofenden. Perdona mis pecados, sobre todo el de no soportar a mi cuñado. Yo sé que es fácil querer a quienes a uno le caen bien y no lo contrario, pero prometo que lo intentaré. También te pido perdón por las cosas que digo siempre de mi hermana, la pobre bastante tiene ahora con lo suyo. Y no me dejes caer en la tentación... en la tentación de escaparme de acá y desaparecer, más libranos del mal, sálvame de ésta Diosito y salva del dolor a mis padres, a todos mis parientes que seguro están sufriendo por mí. Y a Anahí y a su familia y en especial a Felipe, que lo quiero con toda el alma y que ahora enferma con este cáncer no me llevará el apunte nunca más de por vida. Amén.

Me dormí en paz.

## **PREDICCIONES POÉTICAS**

### **CLAVE**

Busca, explora, investiga todo. El universo es el límite encapsulado en... "una esfera infinita cuyo centro está en todas partes, y la circunferencia en ninguna."  
(BLAS PASCAL)

### **PROSPERIDAD**

A veces es urgente ponerle una voz a la esperanza;  
"... es preciso  
que no estemos tan solos, que nos demos  
un pétalo, aunque sea un pastito, una pelusa."  
(JULIO CORTÁZAR)

### **AMOR**

Piensa y...  
"Dime, del otro lado del amor, cuyo camino he  
recorrido,  
¿Conoces la próxima etapa,  
que a un sitio propicio para el feliz encuentro me  
conduzca?  
Pues en este corazón afligido,  
el amor no ha hecho sino prolongar el exilio."  
(BACHAR IBN BURD, siglo VIII)



## **DERROTERO ASTRAL n°9**

Se encendieron las luces a las seis de la mañana. Mamá y papá estaban a mi lado: "Ya es hora".

Una enfermera me pinchó el brazo con una aguja por donde pasaría el suero. "Por acá inyectarán la anestesia y los medicamentos", anunció tío Gerardo.

Mis viejos les pidieron a todos los que estaban en la sala, camillero y enfermeras, que por favor nos dejaran un momento a solas. Me abrazaron y dijeron cuánto me querían y que todo saldría bien, que tuviese fe. Mamá rezó y papá, que es un ateo confeso, dijo amén. Yo lo recibí como una muestra de amor. Me sentí



fuerte, o furiosa, o quizás porque quería que se acabara todo esto de una buena vez, y les exigí que dejaran de dramatizar, que me llevaran de una vez al quirófano. Pregunté por Anahí y me contestaron que ella estaba en el pasillo. Tomé mi carta con la mano libre de sondas y me dejé preparar.

Mientras me conducían sobre una camilla a través de un corredor oscuro, vi a Anahí. Pedí que pararan y ella me abrazó. Intercambiamos palabras que sólo nosotras escuchamos y le di mi carta. De repente, entre las luces y el yeso gris del techo apareció el rostro de Felipe, como por arte de magia. En un instante todo se transformó, parecía un sueño pero estábamos despiertos. Era él. No sé qué pasó, todos desaparecieron, sólo Felipe quedó a mi lado. Él y yo. El pasillo era el Edén.

Me miraba con ternura y sonreía con los ojos vidriosos. Se acercó hacia la punta de mi nariz. Sentí su respiración sobre mis ojos:

-Gaby, todavía recuerdo aquel día en que me acompañaste al hospital, cuando me lastimé con tu cochecito de muñeca, y te dije que no fueses *mariquita*, pero lo mismo te quedaste conmigo. Bueno, ahora estoy acá acompañándote yo, pidiéndote que seas valiente. -Me besó la mejilla y dijo en un susurro:

-Necesito que sepas que te quiero mucho, Gaby, mucho -me hablaba al oído y yo alcancé a acariciarlo con la mano libre. Sentí que la cara se me inundaba de lágrimas.

-No llore, princesa, no llore, por favor, yo estaré esperándola acá.

-Felipe... -alcancé a suspirar. En ese instante apareció en nuestro cielo la doctora Silvia diciendo que dejáramos los arrumacos para después, porque el cirujano estaba impaciente por acuchillarme.

Tuve ganas de arañarla, pero Felipe me acarició la cabeza mientras volvía a repetir que me quería moviendo sólo los labios. El corazón me crujió por dentro y el cuerpo entero se me paralizó... menos la boca que se estiró sin disimulo de una oreja a la otra. Sentí que volaba justo cuando comenzaban a trasladarme. En ese momento se abrieron unas enormes puertas vaivén de aluminio que sonaron como campanadas. La camilla siguió su ruidoso viaje por una galería. Alcancé a saludar con una mueca a mamá y a papá que tiraban besos con las manos. Felipe y Anahí, atrás, saludaban con gestos breves.

Desde ahí al ascensor, a otro pasillo, a otra sala, fue un recorrido cortísimo y lleno de olores. "¿Ya estoy anestesiada?", le pregunté a Silvia, "Sí, pero de amor. Ahora viene el Pentotal", dijo muy seria. Me reí de felicidad.

En el quirófano las luces brillaban como en un teatro. El doctor Magurno con su disfraz de cirujano me recibió sonriente. Tío Gerardo, todo vestido de verde, listo para acompañarme en la operación, anudó su barbijo y me guiñó un ojo. Así sí que se parecía a una tortuga Ninja. Me hizo una venia de arte marcial y nos sonreímos. Apareció otro médico:

-Hola, soy el anestésista -dijo que inyectaría un medicamento en el suero y que me dormiría. Luego preguntó si estaba lista. Yo miré a tío Gerardo, él me apretó la mano.

Uno, dos, tres y chau... no recordé más nada.

Me desperté de la anestesia casi seis horas después de haber entrado a la sala de operaciones. Lo sé por Anahí que registró los acontecimientos, tal cual le había pedido en mi carta.

Por ella supe que luego de entrar al quirófano, al rato, cuando yo ya estaba anestesiada, salió Magurno y llamó a mis viejos, en privado. La sala de espera estaba llena de gente: mis abuelos, mis tías, mis primos de Villa Sur, unas compañeras de la escuela de mi mamá, Anahí, su madre y Felipe, qué se yo, eran como quince en total.

El médico le explicó a mis viejos, recién en ese momento, lo que yo ya sabía: que quizás tendrían que "desarticular" mi pierna y por lo tanto, antes de operar, "los tutores de la paciente deben firmar esta planilla autorizando el procedimiento".

Mamá se atacó. Violeta también. Mis tías trataban de calmarlas. Mamá decía que no iba a firmar semejante cosa. Que no permitiría que me sacaran una pierna sin que yo lo supiese, que en tal caso, y ante la insistencia del doctor explicando que tal vez era la pierna o la vida, ella pretendía que me despertaran de la anestesia. Hablaría conmigo, pero que bajo ningún punto de vista iba a traicionarme de esa manera, no iba a entrar con dos piernas y salir con una. ¡No y no!

¡Se la debo a mis viejos!, ¡pobres!... venir a enterarse así de lo que intentaban hacerme. Yo por lo menos tuve tiempo de saberlo desde la noche anterior... y hasta hubiera podido escaparme si hubiese querido, pero

ellos... Menos mal que yo había hablado con la doctora. Ella sí que me trataba como a un humano y no como a una cosa a reparar.

Dicen que cuando mamá empezó a amenazar al médico con denuncias y juicios, mi papá intervino drásticamente pidiéndole a Felipe que la alejara de ahí, que él firmaría ese papel y cualquier otro con tal de que el médico continuara con la operación.

Anahí sabía por mi carta lo que estaba pasando, pero lo mismo se puso a llorar y Felipe quiso llevarla también, pero ella se quedó, firme, cumpliendo mi pedido.

Lo que pasó durante la operación lo supe por confesiones de tío Gerardo a tía Clota, que de un secreto puede hacer un ventarrón.

Así me enteré de que Magurno empezó a describir ante el equipo de médicos presentes cómo exploraría el tumor, y con un bisturí marcó la zona donde cortarían la pierna si era necesario. En ese momento tío Gerardo se impresionó mucho y sufrió un mareo. "Lipotimia", disimuló el cirujano, y le recetó un caramelo. De allí en más, tomó precauciones para seguir explicando el procedimiento planeado, con un marcador y no con un instrumento cortante.

Finalmente comenzó a operar. Dijeron que el tumor, por suerte y pocos milímetros, no había tocado el hueso. Sacó ocho músculos que estaban afectados alrededor, pero la pierna quedó en su lugar.

Cuentan que la doctora Silvia abrazó a tío Gerardo y entre los dos terminaron con los vendajes finales.

Graciela Biallet

Todos festejaron con una ronda de caramelos "para levantar el azúcar", dijo la enfermera.

Ya recompuesto y tras cinco horas de operación, el cirujano salió del quirófano hacia la sala de espera a dar la buena nueva a la familia.

Mi mamá se había negado a que le diesen otra pastilla tranquilizante, a cambio de jurar que no gritaría más. Cuando el médico le explicó lo sucedido, dicen que ella, dudando de sus palabras, exigió ver aquel tumor sacado de mi cuerpo, y entonces Magurno llevó a mis viejos hasta un laboratorio y se los mostró. Es increíble lo asquerosos que pueden llegar a ser un par de padres asustados.

-No hay ramificaciones ni metástasis, ¿ven? -les dijo como si ellos entendieran algo.

En ese momento anunció que ahora estaríamos en manos del oncólogo, el doctor García. Él indicaría rayos y quimioterapia. Tío Gerardo llegó mientras conversaban y confirmó que ese García era uno de los mejores.

-¿Sobrevivirá? -preguntó papá.

Magurno dijo no poder jurarlo, pero él consideraba que lo más importante había sido sacar entero ese tumor. "De aquí en más hay que esperar y ser fiel al tratamiento", dijo dando por terminada su labor.

El tío, por su parte, recordó que, además, veníamos de milagro en milagro: primero el ladrón que causó el accidente provocando que yo fuese al hospital donde nos enteramos del tumor; luego la pierna salvada por unos milímetros, y la suerte de que estuviese aún

*Si tu signo no es cáncer*

encapsulado. "Es creer o reventar, como dice siempre Gabriela", dijo dándole palmadas en la espalda a mamá que lloraba sin lágrimas.

-Vamos a tener que publicar una solicitada en el diario -agregó papá tratando de consolar a mamá- "BUSCO ASALTANTE que el día sábado 21 chocó con auto robado en la esquina de Cerrito y Vallejos accidenando a mi hija. Gracias a su oportuna participación le salvó la vida. Será bien recompensado."

## **PREDICCIONES POÉTICAS**

### **CLAVE**

"Más vale rescatar la alegría, mire vea, la buena onda y sobre todo los dulces, inmensos placeres de la literatura, (y) la amistad.."

(MEMPO GIARDINELLI)

### **PROSPERIDAD**

Por qué insistir en menguar las ilusiones, si... "La Luna y el amor, cuando no crecen, disminuyen."

(PROVERBIO PORTUGUÉS)

### **AMOR**

Las palabras siempre son necesarias, inevitables, redentoras...

"Debí decir te amo.

Pero estaba el otoño haciendo señas, clavándome sus puertas en el alma."

(JUAN GELMAN)

## DERROTERO ASTRAL n°10

SECRETARÍA DE ESTADO DE EDUCACIÓN Y CULTURA DE TUCUMÁN  
E.T. N° 1 VILLA DE LEALES  
VILLA DE LEALES 4113 - TUCUMÁN

Fue fabuloso estar de nuevo en casa. Habían pasado apenas siete días desde el accidente, pero a mí me parecía un siglo. Una semana... una vida de inyecciones, médicos, vendas, rayos, remedios, opiniones, suspiros, drogas, sondas, enfermeras, practicantes, doctores, nombres increíbles para decir cosas fáciles como sacro ilidi*quiséyo* en vez de cadera. Caras largas, caras raras, caras nuevas, lágrimas disimuladas, visitas de parientes... un verdadero caos.

Nunca imaginé que volver a mi casa iba a alegrarme de esa manera. Betito me reconoció apenas me vio. Estiró los bracitos y me hizo todo tipo de monerías. Menos mal que

en casa las cosas volvían a ser como siempre. Sin embargo, apenas llegué vomité todo, creo que hasta el alma se me fue por el inodoro. Con la quimioterapia sentía que el estómago se me iba a quebrar.

El oncólogo era un cretino. Yo le decía que me hacía mal esa droga y lo mismo me obligaba a usarla. Papá juraba que si tenía que atarme para que me inyectasen la medicina, lo haría, mejor era que colaborara. Y todavía faltaban doce aplicaciones.

Bueno, la verdad es que el alma no se me fue por el inodoro. El alma ya la tenía rota.

Me sentía una infeliz. El tajo de la herida que me dejaron era espantoso. Jamás iba a volver a usar bikini, ni vaqueros ni nada ajustado al cuerpo. Era un horror. Tenía dieciséis años y trataban de consolarme diciendo que tal vez dentro de cinco se podría pensar en una cirugía plástica. Para pensar en cirugías estaba yo. No quería volver a ver a un médico ni entrar a un quirófano nunca más en la vida, ni en ésta ni en las futuras, si las tuviese.

Para colmo de males supe que Felipe pasaba todos los días a verme por la clínica y preguntaba a quien podía sobre mí, pero yo no iba a recibirlo en ese estado calamitoso, ¿para dar lástima? Además algo no me cerraba. ¿Él sentía pena por mí? ¿O qué?... por compasión me habría saludado de ese modo tan amoroso antes de entrar a la sala de operaciones. Anahí lo negaba rotundamente, pero, me jugaba la cabeza, ella fue quien le pidió que lo hiciera, pensando tal vez que me moriría. ¿De dónde le brotaría a Felipe el romance? ¿De verme en una camilla?, si estaba hecha un mamarracho.

El tratamiento era cada vez más difícil de soportar. Mamá me retaba porque no comía, pero yo no tenía hambre. Había perdido tres kilos en la última semana. Las ojeras parecían fosas. Por alguna extraña razón se me habían hinchado los cachetes. Parecía una caricatura... o en realidad comenzaba a parecerme a la chancha de fuego que era... ¿Sería mi destino?

Tal como lo aseguró la doctora, mi pelo se cayó, por mechones. Una mañana desperté sobre manojos de pelos. Eran mis rulos, de cuatro colores, desteñidos, llenos de químicos, como renegaba mamá, pero míos. La funda de mi almohada parecía la piel de un animal prehistórico.

Quedé pelada como un huevo y flaca "pata e'tero", como empezó a llamarme el nono Lucho para provocarme una risa. Con la de dietas que había hecho en mi vida y ahora que bajaba de peso me veía como un bicho.

La abuela Adelina y mamá pasaban los días preparando comidas de todo tipo: macrobiótica, proteica, árabe, maya, japonesa. Buscaban recetas, las cocinaban y Violeta decoraba de maneras insólitas los platos. Mamá llegó a disfrazarse a la usanza del país en cuestión, perdiendo la poca compostura que le quedaba, sin el más mínimo sentido del ridículo. Cualquier cosa con tal de hacerme comer y también reír de mi desgracia, que "es el modo de asumir lo transitorio", juraba. Yo me daba cuenta de que la tristeza era lo que más le costaba sobrellevar, pero hacía de cuenta que no lo notaba, con mi bronca era suficiente, y a veces hasta me divertía en serio con sus ocurrencias.



¿En qué momento se había desatado esta locura? ¿Cómo quedé atrapada ahí? ¿Por qué? Debí haberme escapado aquella noche antes de permitir que me operasen. Me sentía mal. Un asco. Pésimo.

Quería vivir pero también quería morirme. Para colmo de males, "como éramos pocos, parió la abuela", diría mi nono, comenzaron a aplicarme rayos.

No dolería, dijo el carilindo reaparecido un día con ojos de dormido, como recién bajado del Tibet. Luego desapareció cinematográficamente como era su costumbre, pero el tratamiento no.

Doler lo que se dice doler, no me dolió nada, pero ya no les creía una palabra y seguro que algún mal me harían. Según el oncólogo los remedios que me daban a tomar antes de cada sesión de quimioterapia, me quitarían las arcadas y los vómitos, pero no fue así. Por qué no los tomaba él y probaba, ¿eh?

Anahí y Felipe consiguieron, gracias a un visitador médico amigo, un remedio que, por lo menos, acabó con los vómitos. Cosa de no creer, pero mi cuñado colaboró también en conseguirlo más barato a través de la droguería donde había comenzado a trabajar. ¡Al fin prestaba algo de utilidad ese hombre!

De ahí en más las cosas cambiaron un poco. Sí, mejoraron bastante. Era cierto que ese nuevo remedio me protegía el estómago, y eso me ayudó a intentar volver a ser la Gabriela de antes. Trataba de poner buena voluntad. ¿Qué más me quedaba? Asumía de pronto otra actitud, de golpe, o tal vez "golpe a golpe", como decía aquel poema que tanto me gustaba de

Antonio Machado, no sé. Nunca me había imaginado que podía vivir algo que sólo le pasaba a los demás. Según tía Clota, era mejor tratar de ver "el vaso medio lleno y no sólo la parte vacía". Tal vez por eso cada despertar en mi cama, cada gesto solidario me enternecía.

Mi hermana se esforzaba por hacerme feliz. Hasta arregló mi dormitorio mientras yo estuve internada. Violeta y Roberto, mal que me pesara, pintaron las paredes y las decoraron con unas guardas de flores muy bonitas. Lo hicieron cada tarde al regresar de sus trabajos, y con Betito a cuestras. Quedó hermoso con tres paredes blancas y una de color terracota. Tenía buen gusto la Viole... a veces, claro. Yo por si acaso, averigüé cuál pared había pintado el reverendo, para no colgar nada peligroso sobre ella, por las dudas se me viniese el revoque encima. Con ése nunca se sabía lo que podía pasar.

Me propuse dejar las quejas. A veces no lo lograba. Mmm... ¿Qué veía en la parte llena del vaso?, me preguntaba tía Clota cuando me oía protestar.

Sin lugar a dudas, en la mitad con agua estaba Anahí. Era mi amiga de verdad, estuvo conmigo todo el tiempo. Y Felipe. Mi amor también seguía ahí, encendiéndome el pecho. Anahí repetía una y mil veces que lo escuchara, al menos una vez, que él tenía algo importante para decirme.

Hacía pocos días, Felipe me había mandado de regalo un delfín de peluche, precioso. Venía con un moño rosa atado entre el hocico y la cabeza y con una tarjeta que decía: "los delfines también son pelados y

me gustan. ¡A todos, nos gustan!" Sí, claro, a todos menos a mí, que soy la que no puedo peinarme. Es fácil decirlo desde afuera. Lo mismo la delina era preciosa y me di el gusto de llamarla Annina. Me gustaba acariciarla sobre mi cara, tenía olor a Felipe.

Dos veces por semana la llevaba en el bolso, como cábala de buena suerte, cuando iba al laboratorio de rayos donde trabajaba la doctora Silvia. A mí me gustaba encontrarla cada día. Siempre andaba de buen humor y metía la palabra justa en el momento menos pensado. Era muy divertida.

Para ir de casa al laboratorio, yo me ponía una gorra negra y ancha que me cubría absolutamente toda la pelada. Por las dudas, también cargaba con algún libro de poesía y con el de "Todo para el aprendiz de numerología y cubomancia", para matar las largas horas de espera.

Un día le pregunté a Silvia si esos rayos, que en definitiva me quemaban por dentro la zona donde había estado el tumor, no me traerían otros problemas, porque yo ya dudaba de tanta cosa que me hacían. (Antes, cuando me preguntaban "¿estado civil?" yo respondía "soltera", ahora "paciente oncológica"). Había aprendido que un tratamiento curaba por un lado y enfermaba por el otro; una cosa trae a la otra, como la quimio esos hongos asquerosos que salieron entre las piernas.

Más vale no le hubiese preguntado. Silvia no mentía. Me dijo que los rayos eran muy específicos pero, como esa zona estaba tan cerca de la región genital, corría algún (y remarcaba la palabra "algún") riesgo de

quedar estéril, era dudoso pero posible. "¡Bingo!, ¡Lotería!", grité, y ella me retó diciendo que si me moría tampoco iba a poder tener hijos. ¡Era tan suave para decir las cosas!, pero la única persona que me hablaba de frente, decía todo, todo, todo, por su nombre, como debía ser. Si mi mamá se hubiese enterado de lo que hablábamos Silvia y yo, le hubiera agarrado un ataque. Por eso, mejor que no me acompañara. Lamentablemente Anahí tampoco podía hacerlo, no tenía sentido que se expusiera a tanta radiación, aconsejaron, pero muchas veces me esperaba a la salida y nos íbamos caminando unas cuadras a charlar de cualquier cosa y a sentarnos en la plaza, como antes.

La mutual cubría el pago de un taxi que me buscara y trajera de regreso luego de cada sesión de rayos. Me gustaba eso, por fin empezaba a recuperar mi libertad. Mamá me acompañaba únicamente cuando los médicos la llamaban. Pero, ya lo dice la canción, "nada es para siempre".

A las semanas avisaron que el pago de "esos" taxis estaría suspendido por un tiempo, así que papá propuso llevarme y esperar que me atendieran para traerme de vuelta. Si lo hacía perdería su tarde de trabajo y yo mi independencia. Le rogué que no lo hiciera, que me dejara de paso en el laboratorio, con el auto que le había prestado la empresa, y luego se fuera a trabajar tranquilo. Yo podía arreglármelas sola para volver a casa en un remis que haría llamar por teléfono desde el laboratorio. "Tranquilo", la doctora Silvia me ayudaría.

Finalmente lo convencí.

Ese día llegué temprano, despedí a papá y esperé en la sala mi turno para las aplicaciones. Me puse a leer. Un paciente sentado a mi lado me pidió el libro de poesía. Se lo di. Josecito intentó sacar del bolso mi peluche. Tenía ocho años y una leucemia galopante. No quería que ensuciara mi delfina así que la escondí y le ofrecí una birome. Me hice la distraída y me aboqué a mis estudios de numerología.

El manual de cubomancia traía una calculadora digital para hacer las sumas y restas que permitiesen dar con el número de mis revelaciones cósmicas. Como Josecito no me dejaba en paz, terminé prestándosela también, y me resigné a sacar cuentas con un lápiz.

Sumé el número de aplicaciones que me faltaban recibir, 26, con mi edad, 16, y con el de la dirección del laboratorio de rayos, 1744... en total: 1786. Uno, más siete, más ocho, más seis suman veintidós; ahora: dos más dos, cuatro.

El Cuatro es un número estable. Las mesas suelen tener cuatro patas. Todo lo inmutable suele ser cuádruple, como las 4 estaciones o los 4 puntos cardinales. Como número de futuro, el Cuatro representa un buen momento para preparar un cambio.

¡Crear o reventar! Ya decía yo que esta predicción sería exacta. Si yo no estoy viviendo "un cambio", ¡entonces quién!

Mientras seguía calculando números, una señora con quien siempre compartía estas esperas, se cruzó de sillón y me interrumpió:

-¿Tú eres pitonista? -hablaba con tonada española un tanto forzada, que sonaba a actuación.

-¿Pitonisa? -pregunté para corregirla.

-No, digo pitonista porque te veo traza y aura de creer en el más allá del allá y sus predicciones. "Tienez" pinta de aprendiz de pitonista.

Me reí. Nos reímos de su ocurrencia. Las dos disimulábamos nuestras peladas con una gorra negra y nos reconocimos las ojeras. A ella le faltaban, además, varios dientes.

-¿Usted por qué está acá? ¿Cuál es su tumor? -entre oncológicos era la pregunta de saludo.

-En la cabeza, niña, tras la silla turca. Pero coños que no se la llevará de arriba esta peste, desde hace cuatro años que la peleo -quedé perpleja, como estaqueada, y ella se dio cuenta.

-Pero yo tengo sesenta y dos años, niña, y tú eres una cría, no pongas esa cara de espanto, que tú te salvas. Te lo digo y dalo por hecho. Créeme guapa, que soy medio bruja.

-¿En serio, debo creerle?

-Creerme qué... ¿Que te salvas o que soy bruja?

-Lo segundo, claro.

Volvíamos a reírnos. Me caía bien esa mujer.

-¡Pruébame! ¡Anda niña! que soy capaz de trazar tu carta natal, leerte el destino en las líneas de tu mano y hasta adivinar lo que sueñas. Dime, vamos, ¿qué

prefieres? –insistía, era evidente que al igual que yo, quería matar el tiempo de espera.

–A simple vista puedo ver que tu aura se ha empañado... –se frotó con fuerza las manos y enfrentándolas curvadas sobre mi cabeza hizo un gesto de meditación.

–¿Empañado? –era la primera vez que escuchaba semejante tontería y me reí con ganas.

–Pues qué atrevida eres –se puso seria y yo sentí vergüenza de haberla ofendido. Pero en el momento en que traté de pedir disculpas ella largó una risotada:

–Dije “empachado”... ¿qué has entendido?... y si lo prefieres puedo también medirte el empacho con la cinta –su buen humor me levantó el ánimo. Entonces comenzamos a reírnos de todo:

–¿Y si mejor me cura el mal de ojo?

–No, no te burles y déjame que visualice tus chakras...

Varios pacientes se sumaron a nuestra competencia de bromas esotéricas. La sala de espera no parecía la misma de hacía un rato.

Nos interrumpió el llamado de mi turno.

–Gabriela, adentro –ordenó Silvia asomándose por la puerta de su consultorio. Al ver semejante alboroto en la sala, comentó risueña:

–No falla nunca, “Dios las cría y el viento las amontona”, “tal para cual”. A ver si guardan buenas predicciones para mí.

–El próximo turno es el suyo, Esperanza, en unos minutos la atiendo –le avisó a la autodenominada “medio bruja”, imitando su modo de hablar.

Ya dentro de su consultorio, Silvia me contó que Esperanza tenía un mal pronóstico, que le quedaban pocos meses de vida. Se me cerró la garganta, de rabia, de miedo, estaba harta de pensar y de oír hablar de muerte.

–¿Y qué hace acá? –le pregunté histérica, casi llorando– ¿Por qué la torturan con este tratamiento si no se curará? ¿Disfrutan ustedes con esto? –finalmente me puse a lagrimear.

Silvia me abrazó y me dijo que la vida y la muerte son dos caras de la misma moneda y que mientras está volteada de este lado, sirve para comprar amaneceres.

–Esperanza lo sabe y vive cada mañana como recién nacida. Sigue el tratamiento porque día a día gasta un saldo de su moneda. Ella es fiel a su nombre.

Yo no podía dejar de llorar pero lo mismo me acosté en la camilla y creo que me dormí, o tal vez me desmayé, no sé, sólo recuerdo que al rato Silvia me despertó diciendo “Arriba, ya terminó la sesión. Arriba princesa, que vinieron a buscarte”.

Salí del consultorio un poco atontada y somnolienta aún, pensando que no había pedido el remis, pero tal vez la secretaria lo habría hecho. Debí haber estado un buen rato dormida en esa camilla porque Esperanza ya no estaba en la sala de espera, ni ella ni el otro paciente. Mis libros los habían dejado sobre el sillón. Quien sí estaba, para mi sorpresa, era Felipe parado en medio de la sala, donde había nuevos pacientes.

Miré a Felipe con los restos de aliento que tenía y me brotaron deseos de llorar, de nuevo. Él se acercó



y me preguntó si podía abrazarme. Yo apoyé mi cabeza sobre su pecho y lloré hasta que me desperté del todo. Felipe me sostuvo entre sus brazos todo el tiempo que quise. No sabía cómo encararlo, qué decirle. Pero al girar mi cabeza vi a Josecito, que estaba aún en la sala de espera, mirándome con ojos desorbitados. "No tengo derecho a asustarlo", pensé. Me separé de Felipe y fui hasta el rincón donde servían bebidas a los pacientes. Tomé un trago de naranjada y le acerqué un vaso con refresco al nene, a medida que abría mi bolso:

-Ya estoy bien Josecito, es que se me dio por llorar.. A veces nos pasa ¿no? ¿Querrías cuidar a mi delfina Annina? Te la presto hasta pasado mañana.

Él recibió el peluche y el refresco con su sonrisa de sol. Su mamá me acarició el brazo y me quiso devolver la calculadora que el nene acababa de dejar tirada para jugar con la delfina, pero le dije que no me hacía falta, que otro día, tal vez. Después miré a Felipe haciéndole una señal con la cabeza, ya estaba lista para irnos.

Me dio la mano y me sacó hasta la calle. Nos sentamos en su auto. Yo miraba hacia adelante. Él también.

-¿Te gustaría tomar un helado? Estamos cerca de "La florentina" -mi heladería favorita, ¿cómo lo sabía?-. Sé que te gustan... vamos... ¿Compartiría conmigo un helado, la princesa?, ¿me daría ese gusto? -insistía y se apoyaba sobre el volante del auto para mirarme a los ojos. Yo seguía como una estaca.

-¿Por qué estás acá? ¿Quién te mandó? ¿Quién te pidió que lo hicieras? -pregunté con la vista en el horizonte de la avenida.

-Fui a tu casa con la excusa de llevar a Anahí, como siempre, desde que tengo quince años y me gustabas ya con tus trece. Me enteré de que volvías sola y vine. Hace días estoy esperando una oportunidad para verte, para conversar, para decir lo que tengo que confesarte: que te quiero, que estoy enamorado de la mejor amiga de mi hermana -dijo risueño y sonrojado. Yo alcanzaba a verlo de reojo, desde el ángulo más cerrado de mi sorpresa. Miles de noches había ensayado posibles respuestas a imaginarias confesiones de amor, pero sentí pánico escénico, creo, y como no reaccionaba con sonido ni gesto alguno, él siguió:

-¿Realmente, te parece que te diría que te amo si no quisiera, si no fuese cierto?

-No, pero no me gusta que me tengan lástima -dije.

-¿Y qué te hace pensar que siento lástima? ¿Oíste que te quiero desde hace años? Siempre me gustaste pero no me atrevía a decirlo, si eras una más de mi familia, íntima amiga de mi hermana, más que su hermana decían ustedes siempre. Recién el año pasado, en la fiesta de cumpleaños de Anahí, me di cuenta de que estaba metido peligrosamente, cuando vi que el tarado de Charly te manoseaba.

-¿Que me qué? -le grité asombrada y no me di cuenta de que giré para mirarlo. En el acto volví la cabeza a la posición anterior. Él tomó mi cara con su mano y me obligó a mirarlo otra vez. Me resistí un instante pero estaba débil y quería oírlo decir que estaba celoso de mí. Era increíble.

-Así que... -dijo más sonriente y ruborizado que antes- así que no fue tu culpa volcarme la cerveza encima. Fui yo quien te empujó adrede para que dejaras de bailar con ese tarado. Lamento haberte manchado aquella minifalda azul que te quedaba tan bien. Y todo lo que te grité era porque en realidad estaba loco de celos -me tomó la mano y la besó.

-Lamento tanto no haber tenido el coraje de decirte esto hace un año, no sé cómo remediarlo, pero te juro Gaby, te juro que no es lástima lo que siento. Siento bronca. Tengo miedo. Me da rabia que te pase esto, me da ganas de patear un árbol... Si pudiera tomar tu lugar en este tratamiento lo haría, no sé qué hacer para ayudarte con esta pesadilla... Pero no puedo, sólo puedo decir que te amo y rogarte que me quieras, que me perdones.

-¿Que yo te perdone? ¿Qué tengo que perdonar, acaso se te ocurre que si hubiésemos hablado de amor antes yo no me hubiera enfermado de cáncer? Para tranquilizar tu conciencia te cuento que el tumor llevaba más de tres años dentro de mí sin autorización alguna. Sí, tengo cáncer desde hace tres años... Cáncer yo, que soy de Tauro, ¿te parece? -me puse irónica de repente. Lo dejé mudo. No supo qué responder.

Del pánico a la ira cruzaba un puente invisible.

Felipe bajó la cabeza y los ojos me parecieron dos limones. Lo vi desvalido y tan asustado que lo acaricié, no pude evitarlo. Estuvimos así un buen rato, sin palabras. Me encantó tocarlo. Su piel era suave, rosada, perfumada, brillante. Lentamente volvió a mirarme

y cuando nuestros ojos se encontraron, yo supe que el cielo debía ser ese auto. De pronto mi mano se sentía viva sobre su cara y él la besaba cuando pasaba cerca de su boca.

Después de unos minutos volvieron las distancias. Me acordé de que yo estaba amarillenta, seca, flaca, pelada... horrible. Él me veía así, ¡qué vergüenza! Volví a mirar hacia adelante, como una estatua otra vez. Me invadió una tristeza desconocida. Una lágrima agria se metió por mi boca. Me acordé de Esperanza, de José, de los muchos que cruzaba a diario en los consultorios oncológicos. Me pregunté por qué a algunos ya no los veía. "Seguramente se murieron", supuse. No tenía derecho a hacerle esto a Felipe. Si me salvaba sería deforme y ni siquiera estaba segura de poder algún día tener un hijo, ¿qué nos ofrecía el futuro?

Quise salir huyendo del auto pero tampoco podía andar dando lástima por la calle. Las fuerzas no me respondían.

Sentía que Felipe decía algo, hablaba, ¿gritaba?, pero yo no oía, todo me parecía lejano. Otra vez aparecía aquel puente en mis pensamientos y no tenía fin. Yo me alejaba como un globo que se desprende de su nudo. La vista se nublaba. Todo se ponía gris. Pasarela. Zinc. El horizonte de la avenida se deshizo en un hilo plateado, extenso y titilante que me atraía.

Desperté en el consultorio de Silvia, acostada otra vez sobre la camilla. Felipe estaba con nosotras.

-Si vas a dejarme este bombón acá, ya mismo llamo un taxi para vos -me dijo la doctora señalando



a Felipe que estaba pálido tras de ella.- ¿Estás mejor? Fue un simple desmayo. ¿Qué comiste hoy? -me puso un remedio bajo la lengua y me ayudó a sentarme.

Lo miró a Felipe y agregó:

-Desmayarse es muy romántico, ¿no?

-Uy -dijo Felipe, nervioso- yo hubiese preferido un beso.

Me puse colorada. "Vamos por ese helado", le dije para salir del paso.

-No quiero ser aguafiestas pero un helado y a casa, que tu madre ya llamó dos veces -dijo ella. Yo me preocupé.

-Momento, ¿para qué estoy yo? Le dije que los turnos estaban retrasados y que aquí te esperaba el hermano de tu amiga para llevarte.

Apenas me repuse nos fuimos a "La florentina" y pedí un cucurucho de frutilla con ananá. Felipe tomó un helado de sambayón. No pude terminar el mío, era demasiado grande. La gente me miraba como a un bicho raro. Algunos niños me señalaban. Felipe se enojó con uno y le dijo que yo estaba enferma y que era de mala educación andar apuntando a la gente con el dedo. La madre pidió disculpas y yo me sentí peor.

-Quisiera irme -le dije después de un rato de hablar de cualquier cosa.

Cuando llegamos, se bajó y me acompañó hasta la puerta de casa. De repente me empujó detrás de la columna de la galería y me abrazó fuerte. Me dolieron todos los huesos pero no dije ni mu. Lo dejé

apretarme. Su piel me mareaba. Luego buscó mi boca y me besó. No dije ni mu. Lo dejé besarme. Su olor a vida me paralizó.

Apenas entré a casa, saludé a los apurones a mamá y a Violeta, "necesito bañarme" dije al pasar corriendo. A ellas no les sorprendió demasiado, porque desde el tratamiento me había vuelto acuática, decían.

Abrí la ducha con las dos canillas a pleno y me desnudé bajo el agua sin parar de llorar. Sentía una mezcla de felicidad y de rabia. Tuve terror de morirme ahí mismo, de pena o de amor, daba lo mismo. El corazón me latía con tal fuerza que parecía que iban a quebrarse las costillas. El agua caía como lluvia de tormenta. No sabía qué hacer. Un hueco furioso se abría desde la boca del estómago hacia mi garganta. La que se asomaba por el espejo del tocador era una mala sombra, no mi imagen. Grité ahogada de pena. Furiosa. Aterrada. El agua tintineaba sobre la loza blanca de la pileta. No podía dejar de sentirme miserable. Entonces me acurrugué en el rincón de la bañera a esperar que las horas pasaran y me dormí.

## **PREDICCIONES POÉTICAS**

### **CLAVE**

Se puede llegar a otro lugar: "Hay cosas encerradas dentro de los muros que si salieran de pronto a la calle y gritaran, llenarían el mundo".

(FEDERICO GARCÍA LORCA)

### **PROSPERIDAD**

"Hay hombres que luchan un día y son buenos.  
Hay otros que luchan un año y son mejores.  
Hay quienes luchan muchos años y son muy buenos.

Pero están los que luchan toda la vida:

Ésos son los imprescindibles."

(BERTOLDT BRECHT)

### **AMOR**

Los gatos ronronean remembranzas de la noche  
¿qué esperas para arrullarlos?

"¿Qué son las heridas

gatos

sino este rasgarse el corazón por dentro

este sangrar aromas y recuerdos

esta necesidad de olvidar

y tener la memoria de espejo?"

(GLAUCE BALDOVIN)

## **DERROTERO ASTRAL n°11**

Murió Esperanza. Antes de lo que habían dicho. Silvia fue al sepelio y me contó que se había emocionado mucho cuando un par de amigas encendió un equipo de música. Ése fue un pedido de Esperanza, seguro.

Yo había estado conversando con ella unos días atrás, esperando nuestros turnos, como siempre. Nos despedimos con un "hasta la semana próxima" y un abrazo. Silvia asegura que no sufrió nada, sólo se durmió, el corazón dejó de latir y ya.

Anahí se quedó conmigo, esa noche, para acompañarme. Pero creo que fui valiente

y no me dejé vencer, como dijo Esperanza cuando volví a verla luego de enterarme de que tenía los días contados.

No supe cómo saludarla aquella tarde cuando entró a la sala de espera, y opté cobardemente por seguir conversando con Danila, que esperaba ahí a su mamá, y con Josecito que nos ofrecía sus lápices de colores y unos papeles. Jugamos a "la maestra" pintando unas revistas para niños, repletas de dragones, princesas y guerreros.

Esperanza se sumó al juego, provocando el reencontro y contando la historia de un caballero andante. Un príncipe que peleaba contra un dragón enorme y malvado que había aparecido de repente por el pueblo con intenciones de robarle a su princesa. El caballero, desesperado, salió a darle batalla a campo abierto, sin pensarlo siquiera. Golpe iba, rugido de fuego venía. "Éste es el dragón más feroz e invencible que jamás se haya visto", gritaba Esperanza imitando con gestos de terror al caballero, y Josecito reía a carcajadas mostrando sus dientes amarillos.

-¿Y qué pasó? -Danila quería la resolución del cuento. Esperanza no se hizo rogar:

-El caballero no podía solo y pidió ayuda a su princesa. Ella, que era muy atrevida y valiente, lo llevó a la rastra hacia la torre de su castillo. "¿Por qué huimos?", le reprochó el caballero enojado.

Esperanza se calló y el suspenso se estiró como un chicle. Los pequeños volvieron a reclamar:

-Desde la fortaleza -dijo mirándome insinuante- la bestia ya no les pareció ni tan feroz ni tan invencible.

-¿Y entonces? -corearon los niños.

-Entonces, ¿qué hicieron el caballero y la princesa? -los incitaba a hallar juntos un desenlace para la historia.

-Le tiraron piedras... y una olla de agua hirviendo -exclamó Danila.

-...Y el dragón quedó ciego y quemado para siempre -completó Josecito.

Los niños aplaudieron sus finales, y siguieron pintando. Esperanza me abrazó diciendo:

-Ten confianza, niña, no bajes la guardia. El cáncer es nada más que una herida, como tantas otras, es sólo una enfermedad, no una maldición. -Yo pensaba en mi cicatriz.

-La vida es mucho más que un mañana -siguió-. Hoy tienes el hoy. Reza y pelea, ésa es tu fortaleza. El amor va a salvarte -pensé en Felipe... cómo lo extrañaba.

Cuando los niños pasaron de los colores a las carreritas y a las escondidas, Esperanza se ofreció a confeccionar mi carta natal, y yo le di todos mis datos, más agradecida por su dulce modo de ayudarme a enfrentar su realidad, que por sus adivinaciones.

-Nadie te hará una predicción más exacta, verás niña -aseguró. Trazó unas líneas sobre un papel en su agenda y luego sentenció:

Eres exagerada para vivir. Tiendes a idealizar el amor, aunque adoptas una postura indecisa frente a tu amado.

Pasas por crisis emocionales muy fuertes, pero eres demasiado orgullosa para confesarlo. Debes aprender a pedir y a aceptar ayuda. Necesitas darte alguna tregua.

Posees una mente abierta para los demás, pero eres inflexible contigo.

Fiel en el amor y una excelente amiga. Tu vida será larga y colmada de proezas.

¿La habría inventado para mí a esa carta natal? Fue generosa, seguro. Era una mujer muy especial. Me costaba creer que ya no la vería.

Felipe, en una de las tarjetas que me mandaba con Anahí diariamente, me envió un poema que hablaba sobre el amor y la memoria de los espejos. Recordé a Esperanza. Me encantó recibirlo porque sabía que él lo había elegido para acompañarme en aquel triste momento.

Compartí esa poesía con Silvia. Ella la colgó en la sala de espera de su consultorio, en homenaje a nuestra común amiga, la "medio bruja".

Cada vez que la leía, sentía a Felipe cerca. Pero era un sueño, nomás, ya había decidido que lo mejor para los dos era que las cosas terminaran antes de empezar. Yo no podía evitar sentirme una miserable y él, por mucho que lo negase, verme como un bicho feo. No había vuelto a verlo. No quería que se me acercara.

Le pedí a Violeta, a Anahí y hasta a mamá que me acompañasen a todos lados. Prefería renunciar a

mis pequeños momentos de libertad, que volver a encontrarme con Felipe en esas condiciones.

Una roca. Una piedra. Anahí me decía que estaba fría como una piedra, que aflojara un poco con toda esa dureza que mostraba por fuera. La verdad es que cada vez me identificaba más con mi signo en el horóscopo azteca, que era la piedra sílex, la más dura que existe. La vida me ponía a prueba y yo me sostenía como un bloque. Jamás había sido así, pero ahora me salía espontáneamente. Más que piedra, un cubo de hielo. Me quedaba rígida. Estatua. Estaca. Tronco. Sólida y fiel a mis principios, decía el horóscopo. Más que nunca, necesitaba ser objetiva, usar la lógica como escudo, y la lógica me gritaba que lo nuestro era imposible, oscuro, una linterna sin noche.

Estaba atada a mi tratamiento. Iba semanalmente a lo que llamaban "hospital de día" a recibir quimioterapia. El hospital de día era, en realidad, una sala en el cuarto piso de la clínica, con cinco sillones en vez de camas, donde juntaban a varios pacientes para que una enfermera les pusiera sus dosis de droga.

En la última sesión, finalmente, no aguanté las ganas de escapar y salí despavorida. No sé de dónde saqué fuerzas, pero al ver a un señor todo lleno de agujas y tubos recibiendo su medicación, me atacué. En realidad habíamos empezado mal la mañana. Al llegar al "hospital de día", la enfermera dijo que yo no estaba anotada en su agenda a esa hora. Mamá empezó la discusión tranquila, pero ante la negación, terminó amenazándola con hacerla despedir si no reconfirmaba su bendita lista.

Como si fuera poco el lío que se había armado, la mamá de Josecito entró a los gritos exigiendo la presencia del doctor García para que hiciera de nuevo unos papeles, a los que le faltaba no sé qué estupidez, para hacer unos estudios que la obra social no cubría. La enfermera, quizás harta de tragedias ajenas, le contestó inoportunamente que ésa no era su función. Casi se la comen cruda entre ambas madres.

Luego de la pelea me hicieron sentar en una silla, porque los sillones estaban ocupados con otros pacientes. En ese momento trajeron a esa misma sala "de día" a un anciano en una camilla. Estaba pálido como un helado de vainilla y tenía entubados ambos brazos. Cuando pasó por mi lado sentí escalofríos. En realidad era difícil saber si estaba vivo o muerto.

Me dio mucha rabia. Me paré de un tirón y le dije a la enfermera que yo tenía dieciséis años y que me iba a curar, que prefería que me inyectasen la quimio en el pasillo, entre gente vivita y coleando, y no ahí.

Mamá me abrazó y me dijo que esperara afuera. Salf y alcancé a oír que discutían nuevamente. De repente me dio por volar, irme... o no sé qué, y comencé a correr por las escaleras tratando de encontrar la puerta de calle. Un piso, otro piso.

Cuatro.

"¿Qué le pasa a esta gente? ¿Están todos locos?"

Tres.

"¡Estoy harta. No quiero saber más nada de nada!"

Dos.

"Es una jaula esta clínica. ¿Dónde está la salida?"

Uno.

En el descanso del primer piso tropecé con el doctor García que subía distraído, como de costumbre. "¿Ya terminó tu sesión?", preguntó sonriendo con su voz de flauta. Mamá me alcanzó en ese momento e intentó hacerle comprender que sería bueno acordar alguna agenda para el hospital de día, donde los pacientes fueran tratados como personas y no como rehenes. Él le contestó que "muchas gracias por la sugerencia", que lo hablaría con su secretaria, pero por ahora no tenía tiempo para atender ese tema administrativo porque debía presentar mi caso a un foro médico muy interesado en investigar detalles acerca de mi tratamiento. Cuando terminó de hablar yo ya estaba en la calle, tiritando como un banderín abrochado a la ventanilla de un colectivo.

Al día siguiente, mi mamá mandó una carta al correo de lectores del diario local, la cual salió publicada una semana después. Casi la mato, pero como no salía mi nombre, y como además comprendía su tristeza, la perdoné.

#### SI TU HIJA NO ES DE CÁNCER

Puede ser que un día, cuando menos lo esperes, una bocanada de tragedia te asalte en tu propia cama y por un accidente macabro del destino los médicos te anuncien que tu hija tiene cáncer.



No es posible entender, de pronto, ese idioma de muerte y con inocencia astrológica se te da por decir que debe haber un error, que tu hija no es de Cáncer, que nació bajo la luna de Tauro.

Pero no es una película de Almodóvar, ni de Woody Allen, no es Hollywood, ni siquiera es Canal 10. Es tu vida. En tu casa. Es tu hija.

Y la sinrazón desborda tu copa de leche y el miedo te acalambra hasta la última nana y el alma se te deshilacha como una rejilla vieja. Entonces te preguntás mil veces por qué, por qué a mí, por qué a mi hija.

Nadie responde.

Los médicos corren, las enfermeras corren, todos corren desesperadamente para atacar el mal.

Nadie responde. Es una guerrera flecha medieval que cae entre millones y apunta encima tuyo. Porque sí. ¿Por qué no?

Entonces comienza la recorrida por todos los rincones de la culpa y los recuentos de días, horas, minuto a minuto buscando las cosas que dejaste de hacer para que esto sucediera.

Pero no hay respuestas. Sólo hay malos augurios y muchos porqués. Por qué. Por qué.

Y los porqués se suman uno a otro, se superponen, se amontonan, danzan frente a tu familia, se yuxtaponen enloquecidos ocupando todos los espacios del aire y te ahogan.

En el diccionario de los médicos no hay letras que dibujen porqués. Los doctores no sienten culpas ni padecen dudas; ellos actúan manejando bisturís,

consultas, estadísticas, protocolos, rayos y quimioterapias; y a veces te salvan. Tal vez por eso, a veces te salvan.

No hay por qué. Ningún por qué. Los porqués tarifican cero en sus agendas de consultas.

Los médicos tampoco exhiben en sus diccionarios a UN niño que padece cáncer; sí listas enormes de cánceres que afectan a los niños.

Con tono profesional describen su anatomía patológica, arriesgan pronósticos de vida. Nada los distrae de sus rutinas.

Estos jóvenes pacientes los miran desde su perímetro de expectativas recordando cuando aún eran niños y jóvenes con cabello, con color humano, con sonrisas sin lástima, antes del tratamiento contra el cáncer.

¿Qué hacer con la necesidad que tienen ellos y sus padres de una mueca de humanidad cotidiana, de palabras despellejadas de guardapolvo y medicina, de una sonrisa de aliento, de una charla amigable con esa persona que padece cáncer?

Ellos necesitan médicos que los acompañen, con ciencia y con humanidad en el difícil camino de su tratamiento. Necesitan que les digan una y mil veces sus pronósticos posibles, que se paren en los pasillos a escuchar a las personas no a sus cánceres.

¿Temen sentir afecto por esos seres que tal vez no puedan sanar? No son dioses, no tienen por qué serlo. No son infalibles, no tienen por qué serlo. Sólo son buenas personas tratando de ayudar a otras buenas personas.

Dar espacios a la esperanza, sea cual fuere el destino en cuestión, es sin lugar a dudas el mejor remedio para acompañar un tratamiento oncológico.

Como decían las abuelas, no siempre un camino recto es el mejor ni el más rápido para llegar a un buen destino. No siempre el apuro médico por despachar consultas, por preparar informes, conferencias, foros y congresos para avanzar en el conocimiento del cáncer, es el mejor ni el más rápido camino para ayudar a los enfermos.

Si algunos doctores no ven esto, puede ser que un día, cuando menos lo esperen, una bocanada de comedia los asalte en su propio consultorio y por un accidente casi estúpido del destino, algún hijo, con o sin padres, nacido bajo la luna de cualquier signo del zodiaco, les anuncie que el cáncer es sólo una enfermedad, un accidente de salud que afecta a las personas, no a las estadísticas, y que ni siquiera su halo de muerte y arbitrariedad justifica que los médicos pierdan su humanidad.

## **PREDICCIONES POÉTICAS**

### **CLAVE**

"Usted aprende  
y usa lo aprendido  
para volverse lentamente sabio  
para saber que al fin el mundo es esto  
en su mejor momento una nostalgia  
en su peor momento un desamparo  
y siempre siempre  
un lío"

(MARIO BENEDETTI)

### **PROSPERIDAD**

Los relojes marcan alegría..  
"Pasó el tiempo ya de esperar la llegada del tiempo,  
el tiempo de ayer, hoy y mañana,  
ayer es hoy, mañana es hoy, hoy todo es hoy,  
salió de pronto de sí mismo y me mira"  
(OCTAVIO PAZ)

### **AMOR**

"En un par de minutos sale el sol  
si ya no hay nada que anestesia tu dolor  
si no llegás, si no alcanzás a verme  
tirá un cable a tierra.

No creas que perdió sentido todo  
no dificultes la llegada del amor  
no hables de más, escuchá el corazón."  
(FITO PÁEZ)

## **DERROTERO ASTRAL n°12**

**H**ace tres meses que acierto a medias mis predicciones. Parece que los astros están dormidos, o tal vez están ocupándose de cosas más interesantes.

**VIDA PRIVADA:** Usa este tiempo para descansar y recuperarte de esfuerzos recientes. Cambiar y evolucionar son las metas. Disfruta tu reciente felicidad y aprecia a los demás por lo que son.

Éste me calzó justo. Como un guante de seda, diría tía Clota. (¿Qué será un

guante de seda? Los de goma, ésos sí que los conozco, pero ¿de seda?).

Hace diez días que terminé con la quimio y ayer, con los rayos. Una pelusita dura y transparente ha comenzado a aparecer en la bocha pelada de mi cabeza. Dice Violeta que a una prima del reverendo -a veces, hasta ella lo llama así, "de gracioso que suena", dice- le creció el cabello en una semana. En una de éstas, conmigo es igual.

Desde aquel día en que me sacó dormida de la bañera, la Viole se convirtió en mi asistente y cosmóloga personal.

Todas las tardes, cuando regresa de su trabajo, me limpia el cutis, aplica baños de crema en la pelada, echa sales al agua, me hace masajes capilares y ungüentos con vitamina 'A' sobre la herida de mi muslo. Dice que así "tu físico florecerá". Al principio me resistí, pero ella siempre termina haciendo conmigo lo que quiere, y en realidad tenía razón, mi piel fue mejorando mucho y mi relación con ella y con mi cuerpo flaco y feo, también.

Anoche nos metimos los tres, Violeta, Betito y yo, en la bañera a ducharnos. Comenzamos enjabonándonos como personas civilizadas y terminamos en una guerra de espuma colosal. Mamá quiso terminar la fiesta gritándonos que estábamos locas, que si nos resbalábamos podríamos golpear a Betito y el bebé le respondió con una carcajada.

Por suerte aún no se fue con su familia a vivir solos. Ella no lo confiesa, pero yo sé que demora su mudanza para acompañarme.

Violeta fue la principal responsable de mi reencuentro con Felipe. Creo que con mi enfermedad le he cumplido sus dos más grandes vocaciones en la vida: la de practicar su profesión de cosmóloga y la de "doctora del corazón", ambas cosas sobre mí, claro. Anahí también hizo lo suyo.

Una tarde, casi cayendo la noche, Violeta le pidió el auto a papá para llevarme a "La florentina" a comprar helados para toda la familia. Anahí, como siempre, estaba en casa y había planificado quedarse a dormir. No sospeché nada extraño, aunque Violeta insistió en ir con nosotras y no con su esposo. Yo creía que seguía empeñada en ser mi dama de compañía. Además al marido, para sacarle plata para un helado había que depilarle el bolsillo con cera caliente.

Entre las dos me convencieron... ¡estaban tan entusiasmadas!

Violeta me obligó a sacarme el mameluco que tenía puesto y a vestirme con un conjunto que mamá había achicado según sus instrucciones para que quedase a la medida de mi cuerpo y no como una bolsa. Me maquilló y ató un pañuelo en la cabeza. En ese momento puse el grito en el cielo. Había perdido kilos y el pelo pero no la dignidad, así que me negué rotundamente a hacer el ridículo y me calcé mi gorra negra. Ella, sin darse por vencida, la arregló acomodándola para un costado y también maquilló mis ojos y labios.

Me miré al espejo; no me vi tan horrorosa. Si bien los últimos estudios indicaban que ya estaba liquidado ese cáncer, me quedaban cinco años por

delante para seguir haciendo controles y en alerta a posibles recaídas o nuevos tumores. Mejor me acostumbraba a verme tal cual estaba y empezaba a tratarme con más cariño frente al espejo... "Mirar la mitad del vaso lleno" era mi nuevo lema.

No me quedaba tan mal esa ropa, la combinación del negro, el amarillo y el blanco, me gustaba... y eso que no eran los colores de ninguno de mis chakras. Estaba delgada pero no más que una de esas supermodelos que mostraban las costillas en la tele.

Anahí canturreaba mientras se pintaba los ojos. "Cuánta alegría por una salida de morondanga", dije; ambas se rieron y me arrastraron hacia el auto en marcha.

Cuando llegamos a la heladería entendí su plan, aunque Anahí puso cara de *yonofui* y Violeta ni se inmutó. Reconocí el auto de Felipe estacionado a unos metros del nuestro, sobre el cordón de la vereda de la plaza.

Salieron del auto las dos, como disparadas. Sabía que Violeta me bajaría de mi asiento a los tirones si no lo hacía por mis propios medios, así que la insulté. Lo más suave que les dije, a las dos, fue "traidoras", y a mi hermana le grité que se merecía al reverendo y muchas otras desgracias que seguro le llegarían. Luego bajé del auto. Ellas, riéndose y guiñándome los ojos, cruzaron la calle rumbo a la heladería, como si yo no estuviese furiosa, y quedé expuesta a Felipe. Caminaba hacia mí con un gesto sonriente y ganador.

-Hola Gaby -me dijo sin saludarme con un beso. Yo sentí terror de que ya no me quisiera.

Empezamos a caminar por la plaza, callados. Él habló:

-¿Hasta cuándo me vas a tener congelado? Sólo quiero que me des una oportunidad. ¿Si te digo que estás muy linda hoy, te vas a enojar conmigo? ¿Vas a volver a desmayarte o qué?

Lo miré de frente deteniendo la caminata. Estuvimos así unos minutos. Mirándonos, midiéndonos. Luego él levantó lentamente una mano y la puso sobre el lado izquierdo de mi cara. Yo giré la cabeza apoyada en su mano, atraída por su calor, por su perfume, y cerré los ojos imaginando que nada había sucedido en estos últimos meses, fantaseando que al fin nos amábamos estelarmente.

Luego de unos instantes, con su otra mano, Felipe capturó mi cara y me besó. Yo no quería abrir los ojos. "Me gusta este sueño", pensé. Él me soltó de golpe y se quedó mirándome, extrañado, arrugando la frente.

-Yo estoy acá, Gaby. No estoy pintado en tu imaginación. Estoy acá. -Puso mi mano sobre su pecho. Su corazón latía conmovido:

-Estás actuando como si estuviésemos en una película. No voy a obligarte a amarme, pero tampoco estoy dispuesto a ser como un velador que se prende y apaga.

Tuve ganas de abrazarlo fuerte, colgarme a su cuello y quedarme ahí a esperar que la vida pasara, pero estaba paralizada. Petrificada. Anestesiada. Piedra. Mole. Estatua. Sentía un terremoto sacudiéndome por dentro. Era miedo. Espanto otra vez. Terror de morirme.



Terror de saber que el mañana no existía. Horror de sentirme presionada a vivir mientras el destino me proponía la muerte. Crisis de pánico, había diagnosticado Silvia derivándome a un psicólogo. Los ojos se me dilataron y una lluvia de lágrimas me inundó el alma. Mi cuerpo empezó a sacudirse sin control.

De repente reaparecieron mi hermana y Anahí. Felipe me abrazaba con fuerza. Nos sentamos en un banco de la plaza. Los dientes parecían campanas dentro de mi boca. "No quiero morirme, no quiero morirme". Tiritaba mientras lo apretaba en mi abrazo para aferrarme a la vida. Violeta, arrodillada frente a mí, me rodeaba con su cuerpo y decía que no iba a morirme, que el amor es vida, que yo ya estaba curada y nada más faltaban algunos controles para estar seguros de que la enfermedad había retrocedido, que ya le había ganado al mal: "Hay que darse permiso para ser feliz. Ya es hora", repetía. "Basta Gaby, basta, ¿sabes cómo te quiero, hermanita?..."

-Dale una tregua al miedo. Es hora de dejarlo ir -insistía Anahí recordándome a Esperanza. Hoy era dueña del hoy y el amor era mi fortaleza. Debía pensar en eso.

¿Qué podía traerme el mañana? ¿Qué horóscopo podría predecir tanta estupidez? Mi cabeza se revolvía a mil por hora. Las palabras chocaban entre ellas y me ahogaban el cerebro de voces.

De pronto un susurro de Felipe en mi oído las echó a todas por la otra oreja:

-Te amo, Gaby. Le tengo más miedo a tu indiferencia que a tu enfermedad. Si me dejaras quererte. Estar

juntos. Planear nuestras vidas como se den, tal vez para siempre, tal vez para lo que nos toque, incluso hasta esta crisis. Si me dejaras enamorarte -me suplicaba Felipe.

Violeta se puso de pie y mientras Felipe me abrazaba, ella rascaba suavemente la gorra sobre mi cabeza, esperando que mi cuerpo dejara de temblar.

Pensar en el futuro me exigía un esfuerzo que parecía sobrehumano. No era sencillo creer ya en ilusiones. Silvia insistía en que debía diseñar cada mañana, casi como una obligación, como un trabajo práctico, planear un día tras otro, uno por vez. Era como si la palabra "futuro" hubiese cambiado su significado en mi diccionario por el de "destino incierto". No podía ver nada más allá. Todo era frágil, pesado, angustioso, oscuro.

Recordé la mirada confiada de Esperanza, e imaginé que si Silvia estuviese ahí en ese momento, viendo esa escena en la plaza, me tironearía del brazo y me obligaría a gritar "Voy a salir adelante. Voy a vivir". Como aquella vez en su consultorio, cuando tuve otra crisis de miedo al creer que Josecito había empeorado, cuando en realidad estaba en otro hospital donde le realizaron un exitoso trasplante.

Esa noche en la plaza, abrazada a Felipe, no me desmayé como en las otras ocasiones, y superé el pánico en unos minutos.

Violeta y Anahí al verme mejor, dijeron que llevarían el helado que habían comprado a casa, antes de que se derritiera por completo. "Es tu elección: volver con nosotras a casa ahora, o quedarte con Felipe, y él después te acerca...", dijo mi hermana provocándome.



Graciela Bialek

Felipe me miró con sonrisa contagiosa. Anahí se subió al auto. Violeta guiñó un ojo y también se fue.

Cuando estuvimos a solas, hice un enorme esfuerzo por superar el silencio y empezar a hablar nuevamente. Me llevó un tiempo. El sílex y la lógica se empantanaban entre mi lengua y la llegada de la noche. Los horóscopos me recordaban frases hechas que ya no tenían sentido. Estaba sola con mis miedos. Al principio fue difícil, muy difícil, y le pedí a Felipe que no dejara de abrazarme, su calor me devolvía la fe. Luego las palabras fueron apareciendo. Una traía a la otra, de la mano, y armaban ideas que ya no recordaba que fuesen mías.

Las cuadraturas del zodiaco se confundían en mi cabeza, para mi sorpresa. Lo único claro era el olor de Felipe, su calor, los latidos de su corazón. El destino finalmente me pertenecía. La cúspide de Saturno ya no dividía nuestros signos. Los horóscopos no alcanzaban. Sentí que este amor surgía con poderes propios. ¿Podría algún designio tomar de ahora en más nuestras propias decisiones? ¿Qué mejores augurios que este encuentro?

De pronto tuve necesidad de caminar. Me paré y él me siguió. Sólo caminar. Un paso después del otro. Anduvimos tomados de las manos, mirándonos y conversando sobre las maneras posibles de entender lo que nos pasaba, mientras la tarde se despedía para siempre y la noche, bajo la regencia de Venus, estrenaba para nosotros milagrosas constelaciones de estrellas.

**LOS POEMAS Y TEXTOS QUE SE CITAN,  
PUEDEN LEERSE EN LOS SIGUIENTES  
LIBROS O DISCOS:**

- ALBERTI, Rafael (1998) *Antología poética*, Barcelona, Losada.
- BALDOVIN, Glauce (1994) *Con los gatos el silencio*, Córdoba, Argentina, Argos.
- BENEDETTI, Mario (1992) *Inventario*, Buenos Aires, Nueva Imagen.
- BORGES, Jorge Luis (1972) *El oro de los tigres*, Buenos Aires, Emecé.
- BRECHT, Bertoldt (1999) *Poemas y canciones*, Madrid, Alianza.
- CORTÁZAR, Julio (2000) *Algunos poemas y otros prosas*, Barcelona, Plaza y Janes.
- GALEANO, Eduardo (1995) *El libro de los abrazos*, Buenos Aires, Catálogos.
- GARCÍA, Charly (1995) *Canción para mi muerte*, Buenos Aires.
- GARCÍA LORCA, Federico (1998) *Romancero español. Poeta en Nueva York. Llanto por Ignacio Sánchez Mejías*, Barcelona, Óptima.
- GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel (1982) *Obra periodística 2. Entre cachacos*, Buenos Aires, Sudamericana.
- GELMAN, Juan (1997) *Debí decir te amo*, Buenos Aires, Planeta.

SECRETARÍA DE INVESTIGACIONES EDUCACION Y CULTURA DE TUCUMÁN  
E.T. Nº 1 VILLA DE LEALES  
VILLA DE LEALES 4113 - TUCUMÁN

GIARDINELLI, Mempo (2005) *Cuestiones interiores*, Buenos Aires, Sudamericana.

GIECO, León (2000) *Sin querer*, en el disco *Bandidos Rurales*, Buenos Aires, EMI Odeón.

GONZALEZ TUÑÓN, Raúl (1972) *Poesía lírica del siglo XX*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

LIMA QUINTANA, Hamlet (1981) *En distintas formas*, Buenos Aires, La Llanura.

LIPS, H.C. (1997) *Poesía árabe*, Buenos Aires, Need.

LOPRETE, Carlos (2000) *Literatura Mexicana e hispanoamericana*, México, Pearson Educación.

MISTRAL, Gabriela (1998) *Obras completas*, Buenos Aires, Planeta.

NERUDA, Pablo (1997) *Cuadernos de Temuco*, Buenos Aires, Seix Barral.

NERUDA, Pablo (1991) *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*. 36ª edición, Buenos Aires, Losada.

PÁEZ, Fito (1985) *Giros*, Buenos Aires, MAI S.A.

PAZ, Octavio (1989) *El fuego de cada día*, Buenos Aires, Seix Barral.

SABATO, Ernesto (2000) *La resistencia*, Buenos Aires, Seix Barral.

SALZANO, Daniel (1995) *El abna que canta*, Córdoba, Argentina, Fundación Silvestre Rafael Remonda.

TEJADA GÓMEZ, Armando (1968) *Profeta en su tierra*, Buenos Aires, Ediciones Sílabas.

VALLEJO, César (1999) *Antología*, Barcelona, Plaza y Janés.

WITTNER, Laura (2001) "Monstruos" en *Antología de la joven poesía argentina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

WHITMAN, Walt (1995) *Canto a mí mismo*, Buenos Aires, Losada.